

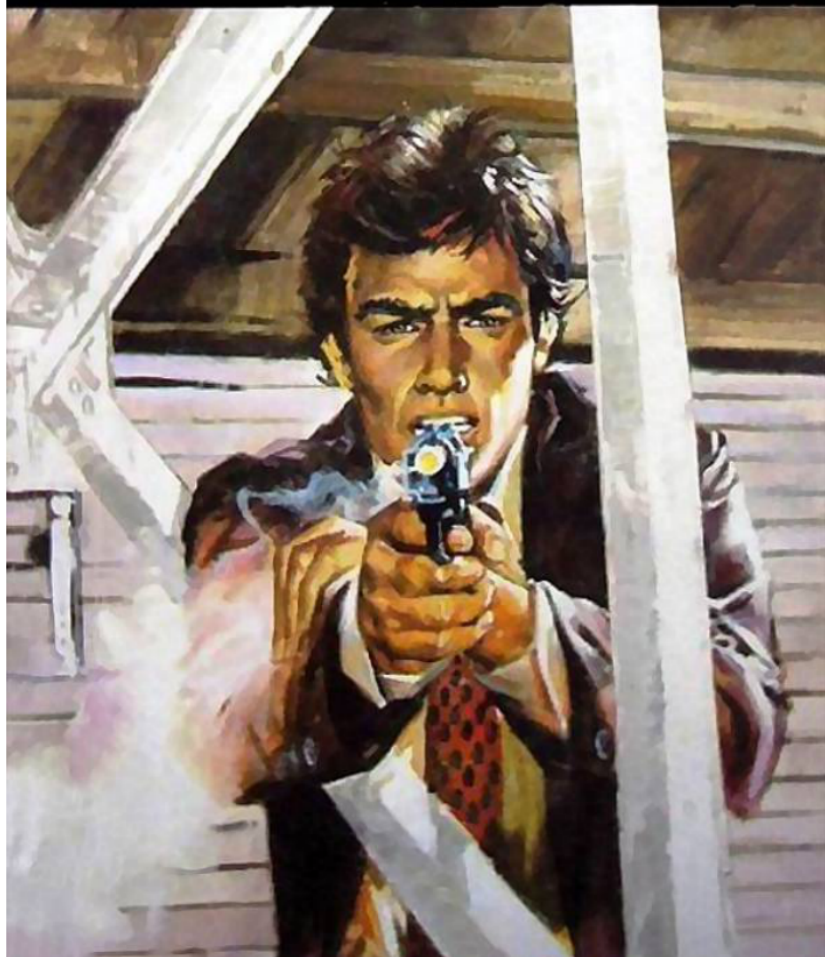
BOLSILLOS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

EL ESPIA Y LA MUERTE

Ralph Barby



SS

SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

EL ESPÍA Y LA MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.483

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 38.026 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: enero, 1979

© Ralph Barby - 1979

Texto

© Miguel García - 1979

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838. - La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

744. - El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. - Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585. - «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.479. - A la muerte le gusta el tu-tu.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.184. - A caballo de la venganza.

En Colección PUNTO ROJO:

856. - La chica de la tele.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. - Los torturados de Nogán.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. - Más astuto que los coyotes.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.051. - Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120. - La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

85. - Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

Los motores de hélice roncaban ruidosamente. No se podía decir que el viejo «Douglas» fuera un último modelo de avión, pero como carguero aéreo servía, pues pocos eran los que se arriesgaban a subir a él como pasajeros. Pese a todo, Larry Moose y Jack Lafontaine, su piloto y copiloto, lo mimaban como si fuera su chica, una chica para los dos.

—Lo sobamos con cariño y si pierde esencia, le ponemos un parche y adelante con él —solían decir, riendo.

Eran dos aventureros metidos en el negocio de transporte aéreo; encargos especiales. Lo mismo llevaban cajas herméticamente cerradas, cuyo contenido desconocían, que monos de la India para laboratorios de investigación médica de los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania.

Por llevar cajas cerradas, con cargamento desconocido, cobraban más, las tarifas subían y si el facturador accedía a pagar lo que pedían, ellos hacían el trabajo sin más preguntas.

El aparato tenía ya más parches de los deseables, pero como ya era la cuarta vez que le cambiaban motores, funcionaba bien, no perdía aceite y tampoco corría más riesgo de incendiarse que otro avión cualquiera recién salido de fábrica. Ninguno de los dos socios podía permitirse el lujo de adquirir un aparato nuevo, máxime después de la última subida de precios; sin embargo, su ilusión era comprarse un «Jumbo» de carga y, entonces, en vez de transportar monos, podrían llevar hasta elefantes, comentaban, pero ambos sabían que pensar en un «Jumbo» sólo era una fantasía de sus mentes calenturientas.

Tenían que conformarse con un aparato que volase a la velocidad media de crucero alrededor de quinientos kilómetros hora, siempre que no tuvieran el tiempo en contra. Pese a ello, tenían suficientes encargos como para seguir adelante con su

negocio, pues tenían fama de no haber perdido ni uno solo de sus embarques.

Quienes les fletaban lo sabían y siempre era mejor encargarles un trabajo a ellos que a líneas regulares de carga cuyas tarifas eran mucho más elevadas, claro que eso era siempre que el traslado de la mercancía no corriera mucha prisa, pues los vuelos a reacción podían reducir el tiempo a la mitad.

Larry Moose abandonó su asiento frente al cristal parabrisas, y dejó los mandos a su compañero. Salió de la cabina y entre medio de las cajas que transportaban, descubrió a Moses P. Savage que iba preparando sus fardos meticulosamente.

—¿Sigues decidido, Savage?

—Sí —respondió, lacónico, entretenido en no dejar suelto ningún lazo, hebilla de los atalajes ni una sola cremallera para cerrar.

—He conocido a tipos que han preferido suicidarse de maneras diferentes.

—No, no creo que sea un suicidio —opinó Savage, dándole una ojeada y sonriendo ligeramente.

—¿Ah, no? Pues a mí no me gustaría lanzarme abajo —señaló el suelo del aparato, bajo el cual se hallaba el océano.

—No me mojaré mucho y llevo la lancha.

—Está infestado de tiburones, amigo. Nada más toques el agua se van a creer que les hemos arrojado un pastel y esos bichos son muy glotones.

—Si es así, espero que mi cuerpo les sirva de purga.

—Por muy duro que seas no les vas a preocupar en absoluto; los tiburones tienen un hígado como un camión y, gracias a él, lo digieren todo. He sabido de tiburones que se comen hasta los neumáticos que la gente arroja al mar, son muy bestias.

—Oye, Larry, ¿pretendes asustarme?

—¡Oh, no! —Se encogió de hombros, mientras sacaba un paquete de cigarrillos y extraía un pitillo—, pero me contaron muchas cosas sobre los hombres que durante la guerra fueron devorados por los tiburones.

—Y además has visto la película de Jaws, claro.

—Pues sí, y aunque el bichito fuera de plástico, daba impresión. ¿Crees que los puede haber de ese tamaño?

—Es posible, lo mismo que hay calamares gigantes, aunque algunos científicos se nieguen a admitirlos —respondió Savage.

—¿Y pese a eso vas a arriesgarte?

—Sí. Después de todo, prefiero que me coma uno grande de una sola dentellada que un millar de tiburoncitos a mordisquitos.

—Estás de buen humor, ¿eh? ¿Quieres? —le ofreció tabaco.

—No, gracias, yo no fumo.

—¡Ah, sí, me olvidaba!

Cuando Larry Moose pretendía encender su cigarrillo, el avión comenzó a descender bruscamente y estuvo a punto de caer sentado, al perder el equilibrio.

—¡Puñetas, otro bache!

El bimotor descendió algo más de cien metros, sin ganas de hacerlo. Jack Lafontaine sujetó el aparato y volvió a elevarlo, lo que hizo que el aparato se inclinara alzando el morro.

—No es nada.

—Si lleváramos un «jet», esto no pasaría, pero volamos demasiado bajo y cogemos todos los baches atmosféricos y todas las tormentas, por eso escogemos mejor las rutas del trópico.

—¿Cuándo llegaremos al punto marcado? —preguntó Savage.

Sentado, ahora, sobre una caja y con el cigarrillo encendido, Larry Moose gruñó:

—Dentro de veinte minutos; aún te queda tiempo para meditar en lo que te espera abajo.

—¿Cómo un condenado a muerte? —preguntó Savage, socarrón, mirándole con sus pupilas brillantes e intensamente verdes.

—Algo así. Después de todo, pese a volar con este viejo cacharro, me siento seguro, pero abajo, en el océano, metido en una lancha neumática, no me sentiría tranquilo.

—¿Le temes al agua?

—Bueno, no soy ningún delfín, nado lo justo, pero el océano es algo muy serio. A vista de pájaro impresiona y desde abajo, horroriza, se siente uno muy solo.

—No será tanto... ¿Y esos de la balsa Acali y otras similares?

—Siempre hay personas dispuestas a hacer locuras, aunque esa balsa del amor sin inhibiciones y con chicas, no debió estar nada mal.

—Creo que fue una experiencia interesante —opinó Savage.

Larry Moose dio un par de chupadas a su cigarrillo, casi con avidez, buscando la estimulación que el humo del tabaco podía proporcionarle. Al fin, preguntó:

—¿Es cierto que tú naciste en un lanchón neumático?

—Sí, de las U. S. Air Forces.

—Así se comprende, el mar tira. Tú debes tener algo de celacanto, ese pez que se supone que dio paso a los anfibios.

—Larry, lo que a ti te preocupa es lo que yo pienso hacer abajo, ¿verdad? —preguntó Savage, sonriendo.

—La verdad, sí.

—Voy a investigar algunas cosas que me interesan, no voy a recoger ningún alijo de drogas ni de diamantes. Vosotros seguid las instrucciones y no sucederá nada.

—No va a ser tan fácil como dices, Savage.

—Después de todo, si las cosas salen mal, quien desaparecerá seré yo; a vosotros no os ocurrirá nada.

—Y si no sales, ¿qué?

—Nada. El resto del mundo no tiene por qué saber que he desaparecido. Viajo de incógnito en vuestro aparato. Dentro de unos pocos minutos me arrojaré al océano y nadie tiene por qué saberlo.

—La verdad, Savage, si no aparecieras me sabría mal. Eres un tipo que vale. No me pierdo ni uno solo de tus reportajes, los que salen en revistas y periódicos. Los de la tele es diferente, no siempre estamos en condiciones de ver la televisión. Jack y yo siempre estamos volando de un lado para otro, aunque eso sí, en cada aeropuerto que tocamos compramos periódicos y revistas para matar el tiempo. Son demasiadas horas de viaje.

—A algunos no les gustan mis reportajes.

—Seguro que éstos son los que denuncias. Hay mucho puerco suelto por el mundo; lo que no sé es cómo te las arreglas para meterte en todos los caldos.

—Simplemente, jugándome el cuero como ahora.

—¿Estás a punto de descubrir algo sucio?

—Es posible.

—¿No puedes adelantar un poco de qué se trata?

—No, jamás lo hago. Antes de denunciar a alguien necesito estar seguro de que lo que voy a decir es cierto; no me perdonaría jamás acusar a alguien inocente.

—¿Y por qué haces esos reportajes? Tú no buscas poder, no tienes ambiciones políticas y, que se sepa, tampoco buscas lujos ni comprarte fincas y tampoco vas a jugarle la plata a Montecarlo.

—Creo que alguien debe encargarse de denunciar a la opinión pública o a la ley dónde existe un tumor maligno para que la Justicia pueda extirparlo.

—Y lo consigues, a fe mía que lo consigues. Lo que no entiendo es por qué no sales, tú también, en los reportajes. Los reporteros al uso casi siempre salen en sus reportajes con su cara en primer plano y el suceso que denuncian detrás, en segundo plano.

—No es bueno que mi rostro se haga popular en exceso.

—¿Por qué?

—Me ayuda a desenvolverse con más naturalidad.

—Ya, pasas más desapercibido.

—Algo de eso hay; ya suelo tener bastantes problemas, normalmente.

—No me extraña. Problemas los tenemos todos e imagino que tú, más.

Desde la cabina de pilotos, Jack Lafontaine hizo sonar una chicharra.

Savage terminó de juntar los fardos que iba a llevar consigo. Larry Moose le ayudó a acercar los fardos a la puerta del aparato que se hallaba junto a los alerones de las alas, una puerta amplia apta para la carga de fardos, cajas y animales como toros sementales y caballos; cualquier cosa podía transportar aquel aparato bimotor.

—¡Suerte! —le deseó Larry Moose.

Savage, que se había sujetado ya los atalajes del paracaídas, le tendió la mano y se la estrechó. Luego, entre ambos, empujaron dos fardos provistos de paracaídas. De uno de ellos partía una cuerda de nylon que Savage sujetó por un extremo y cuando la cuerda se tensó, él gritó:

—¡Seguid las instrucciones!

Y se lanzó al vacío sin soltar la cuerda de nylon. Vio cómo los paracaídas de los fardos se abrían. Cada bulto llevaba dos paracaídas de tamaño grande, color naranja, que destacaban sobre la inmensidad del océano en una tarde que moría.

La noche pronto lo envolvería todo en una siniestra negrura; la

luna no podría ayudarle porque estaría muy naciente.

M. P. Savage notó el fuerte tirón del paracaídas que se abrió por encima de él, desplegándose e hinchándose. Sujetaba fuerte la cuerda de nylon porque no quería que el gran fardo se alejara de él. La cuerda, muy tensa, halaba del hombre haciéndole caer más aprisa. El roce del aire, y las orejeras, hacían que ya no pudiera oír el ruido de los motores del avión que se alejaba como un gran pájaro metálico del que el sol poniente, rojo, casi hundiéndose en el horizonte oceánico, arrancaba destellos púrpura.

El gran fardo que iba suelto fue el primero en tocar el agua. Se hundió algunas brazadas para volver a la superficie, quedando a flote, medio cubierto por los dos paracaídas de color naranja.

Después fue el otro fardo, el que sujetaba Savage con la cuerda de nylon, y un par de docenas de metros más lejos cayó el hombre. Se hundió y estuvo unos instantes bajo el agua, pero como llevaba chaleco salvavidas no tardó en salir a flote. En ningún momento había soltado la cuerda de nylon.

Al salir de nuevo a la superficie vio el paracaídas flotando a su lado. Se liberó de él y después comenzó a estirar de la cuerda de nylon, acercándose más y más al fardo que, posiblemente, de no estar unido a la cuerda como si ésta fuera un cordón umbilical, se habría alejado por efectos de los movimientos de las aguas y las corrientes marinas que allí existían.

Al fin, nadando y estirando de la cuerda, llegó junto al fardo. Abrió una gran cremallera y golpeó con el puño, cuatro resortes. De inmediato se escuchó como un silbido de aire a presión y el fardo se fue agrandando y desplegando. No tardó en convertirse en un lanchón neumático de color negro.

Tendría unos cinco metros de largo, quizá más. Su proa terminaba en punta y no era roma como los lanchones neumáticos al uso y su manga sería de un metro setenta.

Savage se subió al lanchón. Estaba empapado, pero todo salía bien. De un momento a otro quedaría rodeado por la noche. Se hizo cargo del remo doble desmontable y adosado al lanchón y lo montó. Dando briosas paladas en el agua, dirigió el lanchón hacia el otro fardo que se alejaba, más grande y más pesado.

Savage había estudiado las posibles marejadas y un meteorólogo marino le había advertido que la zona por la que él preguntaba

estaba en calma, pero que en el momento menos pensado podía desencadenarse una tempestad. Savage contaba con esa posible tempestad, aunque no deseaba verse inmerso en ella.

«Unas palabras más», se dijo, hundiendo el remo en el agua con fuerza.

Derecha e izquierda, babor y estribor, uno, dos, uno, dos... El lanchón piragua, constituido por un fondo acolchado de aire para evitar la frialdad del agua, poseía cuatro compartimientos de aire independientes entre sí por si alguno se pinchaba.

Agarro, al fin, el fardo flotante y le desprendió el paracaídas. Lo sujetó al borde del lanchón y abrió la cremallera. Siempre con cuidado para que no se le volcara la embarcación, fue pasando del fardo al lanchón cuánto contenía: bidones de plástico llenos de carburante, un motor fuera borda de cincuenta caballos de potencia que en principio dejó tendido en el fondo del lanchón, bidones con agua potable, cajas con víveres herméticamente cerradas, un mástil plegable de bambú, velamen de fibra de nylon y una bolsa conteniendo objetos diversos.

Tras comprobar que dentro del fardo no quedaba nada más, lo soltó para que se perdiera en el océano. Después, se dedicó a montar el mástil, pues la piragua poseía arandelas de sujeción adecuadas para las piezas de bambú horizontales a las cuales, mediante abrazaderas, se sujetaba el palo vertical. Cuando hubo montado el mástil y la vela, respiró más tranquilo. Con aquella vela podía llegar lejos mientras no se viera inmerso en una gran tempestad.

Se volvió hacia el motor fuera borda y lo instaló a popa. Cargó el depósito de combustible y lo puso en marcha para probar su efectividad. El motor runruneó con fuerza e impulsó la embarcación hacia delante.

Savage se dio por satisfecho y detuvo el motor para no malgastar carburante. Se quitó la ropa y, desnudo sobre la lancha, se dedicó a achicar el agua que había entrado, dejándola seca. Abrió una bolsa de grueso polietileno y sacó ropa seca con la que se vistió.

La noche era ya completa. Savage miró en derredor y no vio más luz que el punteado de las estrellas en el firmamento. Se sentía sólo en mitad del océano y aquello era algo que no le asustaba. Estaba preparado para estar solo consigo mismo.

Gracias a sus maestros, había llegado a la posesión del *Kiai* efectivo y demoledor en el ataque y al *Kiai-Jutsu* con el que podía sobrevivir en lugares de gran dificultad.

Su cuerpo podía irradiar calor, enfriarse, o detener el corazón simulando una muerte que no era real. Podía dejar de respirar durante cierto tiempo o coger un hierro candente con su mano sin quemarse. Todo lo que parecía imposible de realizar por un ser humano, Savage y otros como él, muy pocos, que conseguían el dominio del *Kiai-Jutsu*, lo lograban.

Esa energía que los orientales llaman Ki, en la India prana o en occidente

F. V. V.

(fuerza vital de vida), la ciencia occidental se empeña en negarla sistemáticamente pese a que todos saben que existe una fuerza que el ser humano puede alcanzar si llega al completo dominio de su cuerpo y de su mente, pues no basta con el simple dominio del cuerpo, una fuerza que duplica o triplica el poder normal de los hombres y mujeres. ¿Quién no ha oído hablar de alguien que ha hecho estallar unos grilletos con cadenas, en un momento de gran tensión? ¿Quién no ha oído hablar de hombres que han resistido un tiempo increíble sin agua, sin alimentos, o mujeres que han levantado grandes pesos por salvar a un hijo en peligro?

Todos los seres humanos son capaces de desarrollar esa fuerza que la ciencia ortodoxa se niega a admitir; la diferencia entre Savage y los grandes maestros del *Zen* o los guras de la India consistía en que ellos podían desarrollar esa fuerza a voluntad, cuando la necesitaban.

Nunca solían emplearla para dañar al prójimo y tampoco para ridículas exhibiciones de circo. Poseer ese don era algo demasiado importante para frivolarlo.

Agiles *budokas* cinturones negros, cuarto o quinto dan en *Karate*, Judo o Tae Kwon Do, tenían respeto, por no llamarle miedo, a enfrentarse con los grandes maestros de más de cincuenta o sesenta años, de aspecto insignificante y a los que muchos occidentales cargados de músculos despreciarían. Los *budokas* sabían bien que esos senseis^[1], como lo había sido Funakoshi, Kano, Ueshiba, pese a su edad, a su aparente vejez, eran capaces de aplicar golpes muchísimo más efectivos y contundentes que los jóvenes repletos de

visor físico, al tiempo que poseían una agilidad incomprensible para esquivar los ataques. Aquellos *senseis* sabían sacar toda la fuerza de su Ki y, por lo tanto, su *Kiai* era peligrosísimo.

M. P. Savage, pese a su juventud, era poseedor de todas esas técnicas, ya que se había acercado humildemente a sus maestros que vieron en él a un alumno excepcional. Tenía Do, lo que no le había movido a desear dominar las técnicas físicas para desembarazarse de posibles enemigos o para ganar trofeos simplemente, como sí hacían tantos y tantos hombres por los dojos de todo el mundo.

Moses P. Savage había aprendido a amar la vida, desde el más humilde citoplasma marino al ser humano como sujeto más complicado y elaborado, de la Creación.

Sólo respetando al prójimo, ayudando a quien lo necesitase y pidiendo justicia para todos sin convertirse él mismo en justiciero, juez ni verdugo, había conseguido aquel poder que hacía que sus enemigos, los enemigos de la justicia, de la vida y del Universo, le temieran y al mismo tiempo ansiaran destruirle.

Con este fin se había creado una organización asesina a sueldo que el propio Savage denominaba la «Secta del Dragón Bicéfalo», contra la cual debía estar siempre en guardia, porque allá donde quiera que se hallase, algún o algunos miembros de esa secta le estarían acechando y no había lugar sobre la tierra donde pudiera sentirse libre de ellos.

Moses P. Savage se alimentó, bebió agua. Después, iluminándose con una pequeña lámpara de gas, se dispuso a trabajar. Él no estaba en medio del océano con su pequeña embarcación inflable para batir récords de navegación en solitario, buscar experiencias extrañas, ni para escribir un libro sobre sus charlas con los peces.

De una caja herméticamente cerrada extrajo un aparato receptor provisto de una antena auto-direccional en forma de arito. Pulsó varios botones, dio unos giros a un dial y entonces comenzó a escuchar:

—Punto, raya, punto, punto... Raya, raya, punto...

Las dos letras en Morse se repetían, de forma monótona e incansable, siempre lo mismo, LG... LG... LG...

La antena se movió sola y el volumen de recepción aumentó. M. P. Savage

comprendió que estaba cerca de su objetivo y puso en marcha el motor fuera borda. Poniendo proa a la noche, a la oscuridad, siguió la dirección que marcaba la pequeña antena.

¿Qué le esperaba al final: una trampa, la muerte? Savage siguió adelante, el miedo jamás le había hecho retroceder.

CAPÍTULO II

El rumor monótono del motor le hacía compañía. La proa seguía en dirección a lo desconocido. Los cálculos realizados con su potente emisor-receptor situado en el Tíbet habían sido acertados, sin duda alguna. Poseer un emisor-receptor de gran potencia y fiabilidad para onda corta y ultra-corta resultaba de gran valor para Savage.

Con ese emisor-receptor podía ponerse en contacto con todo el planeta. Savage solía retirarse al Tíbet cuando deseaba un total aislamiento para meditar, para lavar su mente y todo su cuerpo, de tensiones nocivas.

Había captado aquella señal en Morse lanzada al aire de forma constante y se había puesto en guardia cuando otro, en su lugar, no hubiera dado importancia a la repetitiva llamada de un aparato que podía estar estropeado o ser manejado por un loco que insistía siempre con las mismas letras LG, LG, LG.

El receptor que ahora llevaba consigo cada vez recibía la señal con más fuerza y fidelidad.

Buscar una aguja en un pajar habría sido una cosa sencilla, comparado con lo que estaba buscando Savage en mitad del océano. Parecía increíble que allí pudiera haber un emisor lanzando al éter las dos letras en Morse.

Savage había consultado varias cartas de navegación e infinidad de mapas y allí no existía ningún arrecife ni islote donde se pudiera instalar un emisor.

El receptor que llevaba a bordo parecía haber llegado al máximo de acercamiento; bastaba con controlar la aguja indicadora. La antena ya no se movía, había quedado totalmente fija.

Savage no veía luz alguna por ninguna parte. Sacó de la bolsa un visor de infrarrojos con el que comenzó a escrutar la oscuridad, a ras de agua. Sobre él, un cielo plagado de estrellas y una luna que

apenas era una fina línea curva que no hacía brillar la superficie de las aguas.

Al fin, a través del sensor de infrarrojos, apareció lo que el ojo humano no podía descubrir: un pequeño foco de radiación. Flotaba en las aguas y estaba muy cerca de la proa del lanchón.

Savage detuvo el motor y dejó que la lancha se acercara al foco que irradiaba calor y que estaba controlado merced al visor de infrarrojos. Cuando lo tuvo a estribor, lo iluminó. Del agua emergía una especie de pelota plástica pintada con el color gris azulado del océano, para que no se viera a distancia. De ella salía una pequeña antena doble, lo que indicaba que recibía emisión y, al mismo tiempo, emitía.

Moses P. Savage la observó por encima y comprendió que aquel artificio flotante por el sistema de boya fija con cadena submarina y ancla de fijación, no era más que un potente receptor y amplificador de señales recibidas y emisión de las mismas.

Sólo se veía del tamaño de una pelota de fútbol con la antena superior, pero bajo el agua, aquel receptor, amplificador y emisor de radio de onda corta, era bastante voluminoso. Dentro de él, además de todos los artificios electrónicos, debía poseer una pila o batería de gran potencia. Posiblemente tuviera una mini-pila

atómica para que aquel artefacto flotante pudiera permanecer en el océano receptando y emitiendo, tras amplificar la señal. Era, sin duda alguna, una boya espía, pintada en los colores del mar para que no fuera descubierta por el ojo humano.

Savage la había localizado, pese a hallarse en mitad del océano y quedó pensativo ante la misma. ¿Qué podía significar?

Tenía que tomar una decisión respecto a aquel receptor-amplificador de señal y reemisor. Era un caso de conciencia destruirlo, pues ignoraba a quién podía pertenecer. Si lo destruía, podía cometer un error y perjudicar a alguien. Por contra, si lo dejaba en funcionamiento, podía ser un peligro real para Liberty Garden, pues no había que olvidar que las letras LG eran las iniciales de su escuela de *budokas* ubicada en un lugar ultra secreto para que no pudiera ser destruida ni atacados los jóvenes de ambos sexos que allí se preparaban, muchachos escogidos y de todas las confesiones, razas e ideologías.

Después de reflexionar, Savage decidió intervenir técnicamente.

Debía detener la emisora flotante y averiguar con sus propios aparatos electrónicos la dirección en que venía la señal de baja frecuencia. Si la dirección conducía a Liberty Garden, ya no habría dudas sobre la actuación a seguir. Destruiría la boya que era un emisor-espía y luego, partiría hacia Liberty Garden donde, sin duda alguna, había un espía infiltrado que trataba de perjudicarles.

El riesgo que estaba corriendo Liberty Garden era muy grande si los que habían colocado aquel emisor flotante en el océano eran los hombres de la Secta del Dragón Bicéfalo, los sicarios pagados por quienes pretendían vengarse de Savage, explotadores de todo el mundo, déspotas, avaros, mañosos y demás ralea de delincuentes que, para satisfacer sus deseos e intereses, no dudaban en aplastar a su prójimo.

Tenía una forma bastante sencilla de inutilizar la emisora, sin destruirla, y era ponerle un capuchón metálico como un bote, cubriendo las antenas y terminando en el agua. De esta forma las ondas, al chocar contra el bote, se esparcirían por el metal y de éste pasarían al agua, disolviéndose en ella. El emisor no receptaría ni emitiría.

Así lo hizo, inutilizándolo momentáneamente.

Terminaba de hacerlo cuando su finísimo oído captó un rumor que incluso para un marino hubiera pasado desapercibido, más no para Savage, que podía aumentar la sensibilidad de sus sentidos muy por encima de lo normal, gracias a su preparación psicofísica oriental a través del *Zen* y el *Yoga*.

Apagó la luz de gas y se mantuvo a la escucha. Él podía huir con su lanchón-piragua neumática ya que poseía motor propio o también podía hacerlo, utilizando la vela y de esta forma se alejaría silenciosamente, pero no hizo ninguna de las dos cosas, sino que sujetó el lanchón a la boya que había quedado silenciosa.

Aguardó, mientras sus ojos escrutaban la oscuridad y no tardó en ver unas lucecitas que se acercaban.

No era fácil que le descubrieran. La noche era negra como el fondo de una sima insondable.

La embarcación cuya proa estaba encarada hacia Savage no era muy grande. Podía ser un yate pequeño o una lancha rápida, posiblemente adquirida en alguna subasta de material bélico de

algún país del sudeste asiático donde, por las constantes guerras, había un exceso de material que los gerifaltes de cada lugar vendían para lucrarse particularmente. Savage no ignoraba que se habían dado muchos casos en los que había sido más fácil y barato comprar un «Phantom» en el mercado negro de material bélico del sudeste asiático que en los propios Estados Unidos.

Aun a riesgo de ser embestido por la quilla de la poderosa lancha de acero, de unos quince metros de eslora, Savage aguantó donde estaba; no obstante, había tomado toda clase de precauciones para que nada delatara su presencia. Nada blanco y su rostro, incluso, estaba tiznado de grasa oscura.

El poderoso rumor del motor de la lancha disminuyó y la nave fue manejada para que navegara en círculo por aquella zona.

Savage comprendió que estaban buscando la boya que había dejado de emitir. Quienes la buscaban se sentirían desconcertados, pues cuando se acercaban a su objetivo, éste semejaba haberse esfumado, como engullido por las profundidades marinas.

Seguros los recién llegados de que la boya estaba allí, próxima al lugar donde se hallaban, detuvieron las máquinas y dejaron que la poderosa lancha rápida continuara girando en círculo, debido al impulso que ya llevaba, así hasta ir deteniéndose. Posiblemente esperarían hasta el amanecer para rastrear mejor la zona, a la luz del día.

Savage comprendió que si se quedaban allí hasta el amanecer, lo aniquilarían. Si eran quienes suponía, lo barrerían desde la cubierta de la poderosa lancha rápida, posiblemente ametrallándole, y no tendría escapatoria.

Debía enfrentarse a sus enemigos y hacerles una jugarreta que les pesara.

Tomó una cuerda y preparó un lazo en uno de sus extremos. Sujetándosela al pecho, se deslizó con suavidad al agua para evitar hacer ruido con el chapoteo.

La lancha rápida, convertida en poderoso yate, seguía girando en círculo y con las luces de a bordo encendidas. Nadando a la braza, Savage se dirigió hacia ella.

Cuando llegó a su altura, se pegó al casco y preparó la cuerda. No iba a ser fácil echar el lazo hacia lo alto, aunque la altura de la cubierta de popa no era excesiva. Savage confiaba que el lazo se

sujetara en algún lugar y arrojó la cuerda por encima de la baranda de cubierta. Tiró de ella y le cayó encima. Hubo de intentarlo cuatro veces, hasta conseguir que el lazo quedara sujeto en un saliente de hierro.

Tensó con fuerza y luego trepó por el casco.

De haber estado en tierra firme, aquella altura la habría rebasado de un salto, pero desde el agua no podía impulsarse hacia arriba y hubo de trepar por la cuerda, a la cubierta. Al llegar a ella, se aplastó contra el suelo quedando quieto, a la expectativa.

En aquella especie de yate, que no era más que una nave de combate enmascarada, había varios hombres que hablaban en inglés.

Savage avanzó reptando para no ser descubierto. Llegó a la puerta que conducía a la sala de motores y se deslizó hacia su interior. Se notaba el calor de los motores, ahora detenidos. No había ninguna luz encendida y Savage avanzó a oscuras. Las luces de a bordo obtenían su fluido mediante un sistema de baterías que se recargarían cuando los motores estuvieran en marcha, el mismo procedimiento empleado en un automóvil.

Tanteando con las manos, Savage encontró tubos. Supuso que unos eran de cobre y otros, de plástico. En completa oscuridad, arrancó algunos y otros los aplastó, obstruyéndolos.

Cuando creyó que ya había provocado las suficientes averías que, por otra parte, no necesariamente tenían que ser graves, abandonó la sala de máquinas y regresó a cubierta. Tuvo que pegarse contra la pared porque descubrió a un oriental caminando hacia proa.

Silbaba y parecía tranquilo; de su cinturón colgaba un revólver.

Savage aguardó hasta perderlo de vista y entonces vio un potente foco manejable. Si lo encendían, podían barrer el agua con el haz luminoso y descubrirían el lanchón amarrado a la boya emisora.

Sin dudarlo, arrancó el cable por dos lugares y arrojó un par de metros del mismo al mar. Siguió avanzando hacia donde sonaban más voces y comprobó que procedían de la salita principal donde cinco hombres jugaban al póquer en torno a una mesa, esperando a que pasaran las horas; no parecían tener prisa.

Estando la puerta abierta no podía pasar por delante de ella

porque le descubrirían, pero tenía que llegar a la cabina de mando. Decidió encaramarse al techo y se deslizó por él sin hacer ruido. Cualquier golpecito le delataría, ya que el techo era de plancha metálica y quienes estaban bajo él lo detectarían de inmediato.

Tuvo que quedarse quieto, aplastado contra el techo de la nave, porque junto a él, por el lado de estribor, pasó el oriental que parecía efectuar una ronda de vigilancia por cubierta.

Savage prosiguió su avance y se deslizó por delante de los cristales parabrisas de la cabina de mando que se hallaba en semioscuridad, ya que sólo había una pequeña luz piloto, encendida.

Se deslizó, luego, de lado, y se enfrentó con la puerta. La abrió y penetró en la cabina de mando. Allí estaban los aparatos de radio y Savage se enfrentó a ellos.

Comenzó a arrancar transistores y a guardarse lámparas, inutilizándolos. Se hallaba dedicado a esta tarea pero atento a lo que podía suceder afuera, cuando oyó voces.

—¡Hay alguien a bordo! —gritó el oriental. Acababa de descubrir la sogá empleada por Savage y también el rastro húmedo de su paso, ya que había ido escurriendo agua de su cuerpo a medida que avanzaba.

Inmediatamente, todos salieron a cubierta, tres de ellos armados con pistolas, un cuarto con metralleta y el quinto con un *nunchaku* de cadena giratoria.

—¡Hay que atraparlo como a una rata! —ordenó un tipo rubio y de ojos grises, que parecía el capitán de la nave.

—Tenemos que cogerlo vivo —gruñó otro individuo de cabellos lacios y ojos pequeños y almendrados, posiblemente un coreano. Éste era quien manejaba el *nunchaku*, dispuesto a asestar un golpe que dejara fuera de combate al intruso de la nave. Se cubría con una camiseta en la que podía verse el dibujo de un yawara^[2] y en cada extremo del arma estaban talladas dos cabecitas de dragón.

Encendieron más luces y Savage decidió salir de la cabina que podía convertirse en una ratonera para él, si le descubrían dentro.

—¡Ahí está! —rugió uno, tratando de encañonar a Savage con su revólver.

Kiaaaaiiii...

El kiai silencioso de Moses Pacific Savage entró en acción. El

tipo quedó como aturdido, desconcertado apenas durante un segundo. Fue suficiente para que Savage le sujetara por la mano armada y lo volteara con la primera de caderas. La Uki-Goshi entró con facilidad, no en vano acababa de aplicarla al Star-Budoka que era Savage. Por encima de la baranda, aquel tipo se fue al agua.

—¡¡¡Aaggg!!!

—¡Ahí está!

Los otros comenzaron a disparar contra su propio compañero mientras Savage saltaba por encima del techo, al lado contrario. El oriental del *nunchaku* le aguardaba allí como si hubiera previsto su reacción y gracias a la luz que salía del interior de la salita, pudo verle.

—¡Si es el mismísimo Savage!

Savage tuvo que esquivar los golpes de *nunchaku*. Aplicó una patada al vientre de su enemigo que le hizo trastabillar y, luego, se lanzó al agua de cabeza, desapareciendo en su negrura.

—¡Aquí, aquí! —gritó el coreano del *nunchaku*.

Los hombres provistos de armas de fuego llegaron hasta él y el de la metralleta efectuó un barrido de plomo. De las aguas no surgió ninguna clase de respuesta.

—¡El foco, el foco! —gritó alguien.

—¡Maldita sea, no funciona, le falta el cable!

—¡Luces, linternas! —pidió el rubio de ojos grises, posiblemente capitán del yate.

Iluminaron el agua con las linternas, esperando descubrir a Savage y llenarlo de plomo. Era su gran oportunidad.

Savage se alejaba del barco y corría el peligro de nadar en dirección opuesta adónde dejara su lanchón-piragua, más su sentido de la orientación funcionó bien y tras nadar durante unos minutos, su mano tocó la tela cauchutada de la embarcación hinchable.

Respiró hondo; volvió luego la cabeza y vio el yate y las luces que seguían buscando en el agua. Podían oírse las maldiciones y algún que otro disparo hecho por alguno de aquellos hombres que creían haber visto algún movimiento en las aguas.

A Savage no le cupo duda alguna de que aquellos sujetos pertenecían a la implacable y maldita Secta del Dragón Bicéfalo.

Subió al lanchón y dispuso un artilugio electrónico; debía darse prisa. Sacó luego un paquete de

goma-2

metido en una bolsa de plástico y le aplicó el detonador de tiempo. Levantó el bote e introdujo la carga explosiva entre las antenas de la boya. Volvió a colocar el bote encima, tras haber dado cuerda al aparato de relojería y puso en marcha el motor que, al ser oído, hizo rugir de rabia a los hombres de la Secta del Dragón Bicéfalo que comenzaron a disparar guiándose por su oído.

Savage era consciente de que corría el riesgo de que una bala le acertara al azar o que, como mal menor, un plomo perforara la lancha y fuera perdiendo aire. Se alejó en dirección contraria a la que estaba el yate que no era precisamente de recreo, mientras los hombres del mismo se maldecían por no haber descubierto a tiempo a Savage que les había inutilizado las conducciones del motor y no se podía poner en marcha.

Hasta que no lo arreglaran, si es que lo conseguían, irían a la deriva en medio del océano y sin poder llamar a nadie por radio, ya que todas las piezas que Savage se había llevado consigo las arrojó a las aguas.

Mientras seguían haciendo disparos al azar, guiándose en la oscuridad sólo por el oído, pues las linternas de mano no conseguían descubrir nada, se produjo un fragor que les sorprendió.

La noche se iluminó durante brevísimos instantes, sin más tiempo que para ver la luz producida por la explosión. La emisora metida en la boya se despanzurró y un buen número de artilugios electrónicos volaron por los aires. La cadena con ancla que la fijaba con un mínimo de variación se llevó al fondo los restos, ya que la boya había quedado destrozada.

—¿Le habremos dado? —preguntó el capitán, dudando entre sí sonreír o no, todavía inseguro de su posible victoria.

El coreano que llevaba impreso en su camiseta el yawara del dragón bicéfalo aguardó unos instantes y después dijo:

—No le hemos dado; el motor de su embarcación todavía se oye.

—¿Y la explosión? —preguntó el rubio.

—Ha debido adelantársenos y se ha cargado la emisora-espía. Eso sólo podía conseguirlo Savage pero le atraparemos, esta vez estamos muy cerca de él.

—No podemos poner en marcha los motores, se incendiaría todo —advirtió uno de los hombres que subió de la sala de máquinas.

Otro que salió de la cabina de mando puntualizó:

—Se han cargado todo el sistema de radio.

El capitán y el coreano quedaron furiosos y pensativos. Savage se les escapaba en la noche y no podían perseguirle, pese a tener una poderosa lancha rápida construida para la guerra.

—Podíamos haber lanzado una bengala —gruñó el capitán.

Los asesinos quedaron a bordo del yate con los puños cerrados. Habían estado a punto de lograr el objetivo principal de aquella secta de sicarios, pero Moses P. Savage había vuelto a escapar. Sin embargo, no perdían la esperanza; si Savage se había arriesgado a buscar la boya y destruirla es que la consideraba un gran peligro y la Secta del Dragón Bicéfalo había desperdigado por todos los mares y océanos del globo una docena de boyas-emisoras como aquélla. Sólo en aquel punto la señal había sido clara, por lo que cabía suponer que Liberty Garden no estaba lejos y eso ya era importante. Podrían estrechar mejor su cerco, y Savage y su Liberty Garden serían destruidos.

CAPÍTULO III

Navegaba con la vela desplegada, aprovechando la fuerza del viento y evitando gastar el combustible que llevaba en los bidoncitos de plástico.

Varios días en la soledad de las aguas oceánicas habían hecho que le creciera una ligera barba que no podía llamarse así, sino falta de afeitado, a menos que persistiera en él.

Había tenido tiempo sobrado para reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo y que le dolía profundamente, más debía admitirlo porque ya era una realidad indiscutible.

Se hallaba frente a la playa y las rocas de Liberty Garden y su receptor-detector indicaba que la onda que enviaba las dos letras en morse y en baja frecuencia estaba instalada en el mismísimo Liberty Garden, lo que equivalía a la existencia de un traidor.

Moses P. Savage había escogido a cada uno de los muchachos que se educaban como *budokas* en Liberty Garden y como siempre ocurría a lo largo de la historia, ahora aparecía un traidor que les estaba vendiendo... ¿Quién sería?

La antena giratoria señalaba las rocas, pero hacia ellas no podía dirigirse con su lanchón hinchable pues se destrozaría. Maniobrando con la vela en la noche, una noche con cuarto creciente, se dirigió a la suave playa. Allí, la lancha encalló al tocar fondo.

Savage salió de la misma y el agua le llegó por debajo de las rodillas. Tomó la embarcación por la proa y tiró de ella arrancándola del agua para que un cambio brusco de oleaje no la arrastrara hacia el interior.

Cuando la hubo dejado sobre la arena seca, se dejó caer al suelo, de rodillas. Estaba muy fatigado y encarado con la inmensidad del mar, se colocó en posición *zazen* y dejó que el tiempo pasara, tratando de serenarse y liberar su mente de problemas, inmerso en

el Mokuzo.

Las palomas de plumaje blanco asomaron por el palomar y emprendieron el vuelo. Cuando alguien tañó la campana del Templo de las Meditaciones, un círculo de palomas rodeó la cúpula de aquel templo abierto a la vida, a la luz, a todos los vientos, a la noche, a la vegetación.

—¿Te encuentras bien, Savage? —preguntó la voz profunda del maestro, su *Sensei* y el de todo Liberty Garden.

Un halo de luz dorada, que emanaba del sol naciente, hacía que los cabellos canos de su cabeza y de la barba se vieran más blancos que el propio plumaje de las palomas. Una brisa suave los movía en el aire como si carecieran de peso, mientras el rumor de las olas acariciaba sus oídos.

—Estoy preocupado, *Sensei* —le confesó Savage, sin moverse de la postura en la que horas antes, en medio de la noche, iniciara su meditación nada más pisar las arenas de Liberty Garden.

—¿Y la meditación no ha extirpado de tu mente aquello que tanto te preocupa? —preguntó, siempre con su voz grave y profunda, suave y reconfortante.

Era la voz del padre, no del padre físico de Savage sino de su padre espiritual. Los ojos del anciano no miraban a Savage, mientras su mano arrugada y huesuda se posaba sobre el hombro fuerte del joven.

—No, no he conseguido arrancar de mi mente cuánto me duele y me hiere, pese a la meditación.

—Tu espíritu flaquea, Savage, algo muy grave debe conturbarte.

—Así es, *Sensei*.

—Sabes que cuando abrimos nuestro espíritu, nuestra mente y nuestro corazón a quienes nos aman, nos sentimos ayudados en la carga que hemos de soportar.

—Lo sé, *Sensei*, pero ahora no puedo abrir mi mente, mi espíritu ni mi corazón.

La mano del anciano apretó ahora la clavícula y el omoplato de Savage, transmitiéndole fuerza e, incluso, poder. Savage sabía mucho del magnetismo que escapaba de las manos de su *Sensei*; aquel magnetismo que él mismo había aprendido a irradiar y que en tantas ocasiones había utilizado para calmar a seres con problemas, a seres sollozantes.

Ahora fue él quien agradeció la mano de su *Sensei* que le transmitía confianza y ayuda, pese a no habérsela pedido y a que no le había descubierto el origen de su preocupación. Sabía muy bien que el *Sensei* no le guardaría ningún rencor por ello, todo lo contrario.

En la primera línea de vegetación aguardaban los budokas de Liberty Garden, monitores y alumnos.

Cuando el *Sensei* ayudó a levantarse a Savage, éste se volvió y sonrió abiertamente a todos, pese a saber que uno de ellos era un traidor. Inclino la cabeza y su espalda, saludando, y todos ellos correspondieron al mismo tiempo y en idéntica forma, pues así se saludaban los *budokas*.

Savage avanzó hacia ellos y abrazó especialmente a Kato Juji, el maestro octavo dan de Judo, un hombre con las sienes plateadas y que no sonreía jamás, pero tenía una mirada pacífica y cordial. Era un japonés de una gran dureza, semejaba tallado en diamante, y en Judo, aunque él jamás lo admitía, sólo le había aventajado el mismísimo Jigoro Kano, el hombre que había transformado la lucha del Ju-Jutsu en Judo, es decir, le había dado el Do, la vía o el camino hacia la perfección.

Abrazó luego y palmeó la espalda a Owen Yufu, un anglo-chino que había pertenecido, como maestro, a las brigadas especiales de la policía de

Hong-Kong.

Él era un sifu de

Kung-Fu.

Cogiéndola por la delicada cintura, Savage alzó a la pequeña Sai-Ko,

pequeña en estatura aunque no era ninguna niña. Nadie hubiera supuesto de lo que era capaz aquella fémina que no llegaba al metro cincuenta de altura, con unos cabellos larguísimos y un cuerpo elástico y hermoso. Sai-Ko era, ni más ni menos, maestro monitora de *Karate*, no en vano podía lucir el séptimo dan en su cinturón negro. Y cuando alguien, en Oriente, ostentaba un séptimo dan en cualquiera de las Artes Marciales, no era como poseer esa misma categoría en Europa, África o América, pues en Oriente se exigía mucha más perfección en cada uno de los grados.

Sai-Ko, aparentemente indefensa, podía quitarse de encima, ella

sólita, a tres o cuatro gorilas pesos pesados. Era muy difícil atraparla, volaba materialmente y a la vez, sus manos, sus codos, sus rodillas o pies, aplicaban golpes letales de increíble contundencia.

Los alumnos nuevos en Liberty Garden solían sorprenderse al verla como profesora de *Karate-Do*, más en cuanto entraba en acción sobre el tatami, comprendían de inmediato.

—Hermanos, he venido a pasar unos días con todos vosotros. Sé que os extrañará que en vez de llegar con el «Spirit of Samurái», la avioneta, haya llegado con esa lancha neumática y, posiblemente, dentro de algunos días os explique la razón. Quiero deciros que, normalmente, llevo una vida muy agitada que me separa de vosotros y ahora he venido a aislarme del resto del mundo para compartir vuestra paz, vuestro alimento y vuestro trabajo. Participaré de cuánto vosotros hagáis, seré uno más y así deberéis tratarme, porque trato de regresar al manantial para volver a deslizarme por el arroyo, pasar de éste al río y de nuevo al mar del que acabo de llegar. Quiero saber cuáles son los escollos y peligros que acechan en este largo recorrido hasta el mar. Sé que unos pocos sois *budokas* maestros y otros vais camino de serlo. Hay algunos aventajados y unos pocos sois relativamente nuevos, aquí, sólo lleváis meses, quizá un año o puede que dos. Quiero volveros a encontrar y conoceros mejor; quiero oíros y saber si algo no va bien, aquí. Deseo saber si hay alguien descontento y quién es aquel que puede ser capaz de vender a sus hermanos.

Todos escucharon las palabras de Savage, todos bebieron hasta la última de sus sílabas porque sabían que él no hablaba por hablar. Les estaba diciendo cosas que ellos tenían que comprender.

Savage era el fundador de Liberty Garden y lo mantenía con el dinero que ganaba como reportero free-lance, arriesgando su vida en cada reportaje.

Había evitado, siempre, que se le pudiera mitificar o tomar por una especie de ídolo. Era lógico que los jóvenes *budokas* trataran de parecérselo por cuanto él conocía de ciencias orientales, de Artes Marciales, de dominio sobre sí mismo y otras disciplinas, pero Savage no deseaba, bajo ningún concepto, convertirse en un mito sino simplemente en un hermano, en un compañero más y eso era difícil porque su superioridad era manifiesta cuando subía a un

tatami, pero él aseguraba que cualquiera podía conseguir lo mismo si se aplicaba y se entrenaba con autodisciplina. Que todo cuanto él había aprendido estaba al alcance de cualquiera que se esforzara por conseguirlo.

Choppy, aunque vestía una especie de sari como los demás, le tendió instintivamente la mano. La retiró y volvió a saludarle con una inclinación de cabeza. Choppy era un joven excabecilla de una banda de navajeros juveniles, arrancado de las calles de Nueva York, y que había llegado a Liberty Garden para estar junto a su hermano en el momento de su muerte. Los restos del *budoka* Leonard se hallaban enterrados al pie de un cerezo, junto al Templo de las Meditaciones.

—¿Cómo va eso, Choppy? —le preguntó Savage, poniéndole la mano en el hombro.

—Bien, creo que bien. Aquí todo es tan distinto a las calles de Nueva York...

—Estoy seguro de que tus compañeros te ayudarán en todo aquello que precises, pero recuerda que la ayuda más importante es aquella que cada cual pueda sacar de sí mismo cuando ya crea que no le quedan más fuerzas y esté a punto de sentirse derrotado. Para un *budoka*, una caída sólo significa un tiempo que se toma para rehacerse, para superarse y volver a la lucha. Los límites de las posibilidades de un *budoka* todavía están por conocerse si se llega a *budoka* por la vía del Do. Gracias al *Zen* y al *Kiai-Jutsu* podemos duplicar nuestras fuerzas.

—Eso tú, Savage, que eres excepcional.

—No —atajó el propio Savage, mientras los demás le escuchaban con atención—. *Sensei* os puede confirmar que esto que os digo es capaz de conseguirlo cualquiera de vosotros. Podemos saltar por encima de los supuestos límites humanos, sentarnos sobre la nieve y fundirla con el calor que despida nuestro cuerpo, hibernar e, incluso, detener nuestro corazón poco a poco y luego, cuando se nos cree muertos, volver a ponerlo en marcha al ritmo normal. Podemos hacer esto y más, porque el ser humano, hombre y mujer, están más y mejor dotados de lo que comúnmente se cree en una civilización que ha ido cortando posibilidades físicas y psíquicas al hombre. Mas para todo ello, hay que buscar la pureza y apartar de nosotros toda idea de destrucción. Tenemos que oír el

movimiento de las olas y el caminar de las hormigas porque están ahí, entre nosotros, y nosotros entre ellas, porque somos parte del mar y la tierra y no como algunos, en su arrogancia, que creen que el mar y la tierra es nuestra. No quiero cansaros más, estoy seguro de que cuánto acabo de deciros lo habéis oído, y mucho mejor explicado, en labios de nuestro *Sensei*.

Echó a andar y le siguieron. Se dirigió al Templo de las Meditaciones y antes de llegar a él, sentada junto a una columna al lado de uno de los canalitos de agua que discurrían entre las piedras, descubrió una figura sentada.

La joven era rubia, hermosa y suave como la fragancia del jazmín. Tras desnudar uno de sus pechos, puso su pezón en la boca de un bebé que, a lo sumo, tendría dos o tres semanas.

—¡Jennie!

Ella alzó la cabeza y sonrió. Sus ojos ciegos buscaron en el espacio y en la oscuridad no había luz ni aquel sol que, de rojo, se tornaba oro, por oriente.

—¡Savage!

—¡Jennie, Jennie!

Savage se le acercó y amoldó su mejilla a la de la muchacha invidente. Observó al niño que mamaba succionando con fuerza.

—¡Savage, no sabía que ibas a venir!

—Nunca se sabe cuando llega Savage —dijo él mismo, añadiendo—: Tienes un niño muy hermoso.

—Sí, todos dicen que lo es.

Tras ellos, *Sensei*, con los ojos cargados de vida y el blanco cabello como deshilachado en el aire que lo azotaba, observó:

—Es el primer hombre que nace en Liberty Garden.

—Le llamo Moses. ¿Te importa, Savage?

—¿Importarme? Es un honor para mí, Jennie. ¿Cómo te encuentras, aquí, en Liberty Garden?

—Muy bien, esto es como un paraíso, incluso para una chica ciega como yo. —Hizo una pausa, tragó saliva, una saliva que podían ser lágrimas contenidas y agregó—: Todos son como hermanos para mí.

—Ésa es la idea, Jennie: Crear un mundo de hermandad donde ayudar a tu compañero sea más importante que ayudarse uno a sí mismo.

—Aquí he seguido haciendo objetos de artesanía.

—Dentro de unos meses ya podrá subir al tatami —opinó el *Sensei*.

—Me da miedo, Savage —confesó, sincera—. Oigo los golpes, presiento las caídas...

—Si *Sensei* te sube al tatami, déjate guiar por su mano, no te dañarás.

—Hasta ahora no era conveniente que subiera al tatami, llevaba una vida nueva dentro de sí —dijo *Sensei*—. Ahora ya lo ha sacado a la luz y lo amamanta; debe reponerse todavía, pero después haremos de Jennie una buena *budoka*.

—Estoy seguro de ello —dijo M. P. Savage.

—Es que yo soy tan poca cosa y además, no veo...

—*Sensei* hará que oigas, que si no ves, presientas.

Verás cómo tus sentidos se hacen más sensibles y adquieres otros que no sospechabas poseer.

—Ya puedo moverme por Liberty Garden sin perderme —observó ella, siempre sonriendo.

—Jennie no es una muchacha que se queje ni se deje abatir; es fuerte y ha llevado muy bien su gestación.

—Cuando supe que estabas encinta, me dije que sabrías seguir adelante.

—No sé si lo hubiera conseguido, de no hallarme en Liberty Garden y encontrar a tantos amigos o hermanos como nos llamamos aquí. No sé qué ha ocurrido, pero no me he sentido extraña y tampoco he sentido vergüenza alguna por mi embarazo y de dar a luz un niño sin estar casada, sin tener pareja alguna.

—Naturalmente que no tenías por qué sentirte avergonzada. Fuiste violada por unos desalmados, nada pudiste hacer por defenderte. Fuiste la víctima de una situación odiosa y sentirse humillada toda la vida por eso es algo absurdo. Tú eres una mujer fuerte como dice *Sensei* y has sabido reponerte.

—Y perdonar —quiso puntualizar ella.

—Mejor si no odias a quienes abusaron de ti. Hay que saber perdonar a los enemigos que nos dañan, aunque perdonar no significa que no se exija justicia para ellos. Perdonar es no guardarles rencor, pero si han transgredido las leyes, es justo que las leves les penalicen adecuadamente. Por otra parte, el niño no

era culpable en absoluto y si fue engendrado tenía derecho a la vida. Clasificar a los seres humanos por quién es su padre o su madre, es algo tan ridículo como intentar diferenciar a un grano de arena de otro grano, buscando la posible roca de donde proceda, o diferenciar un pino de otro pino dentro del pinar. Es posible que haya pinos más hermosos, pero seguro que será por la calidad de la tierra en la que ha enraizado más que por la piña de la que proceda. Un hombre o una mujer debe ser lo que sea, por sí mismo, y no por quienes lo hayan engendrado. Todos procedemos del mar y la tierra y a ella regresaremos después de la muerte. Tenemos que ser hermanos en un mundo de armonía. Si alguien, por diferenciación de cuna, trata de arrogarse poderes sobre los demás, hay que sentir lástima de él porque no es hermano de su prójimo y si trata de abusar o explotar a sus semejantes, hay que combatirlo hasta que sus ojos sean capaces de ver la verdad y llegue a amar a su prójimo como a sí mismo y que esto no sean sólo meras palabras pronunciadas, sin tener conciencia de su verdadero contenido.

—¡Es tan agradable oírte hablar, Savage! Si todos en el mundo fueran como tú, qué diferente sería todo.

M. P. Savage comprendió que no haría cambiar a Jennie de opinión hasta que ella comprendiera que cualquiera, en Liberty Garden, podía ser como él mismo y como el propio *Sensei*, que estaba muy por encima de Savage.

Acarició la mejilla del niño que succionaba del pezón y el pequeño desvió la mirada hacia el hombre. Savage vio una pupila muy negra, pues por la colocación del bebé sólo le veía una parte del rostro.

—Tú serás un buen *budoka*, Moses júnior, estoy seguro de ello.

CAPÍTULO IV

Todos se congratulaban de tener a Savage en Liberty Garden, todos estaban ansiosos por hablar con él y contarle sus progresos. Algunos hablaban ya de regresar a la vida mundana porque se sentían preparados para luchar por la libertad y la justicia.

Lo que más preocupaba a Savage, pese a tratar de que no se reflejara en su rostro, era la seguridad de que había un traidor allí, un traidor que podía terminar con todo si en el momento más inesperado arribaban los asesinos de la Secta del Dragón Bicéfalo.

Todos eran buenos *budokas*, pero si se acercaban de improvviso, disparando con ametralladoras, poco podrían hacer para salvarse.

Todo el cuidado que Savage había tenido siempre para que nadie descubriera la ubicación de la escuela de *budokas*, pues ni los propios alumnos ni maestros sabían dónde se encontraba, ya que los trasladaba el propio Savage en su pequeño avión de reacción, con todas las ventanillas del aparato cubiertas con cortinas, todo aquello podía destruirse.

En Liberty Garden, los *budokas* no se preparaban como en un simple dojo; no, en Liberty Garden un budoka podía alcanzar mucho más. Allí estaba *Sensei* para explicar y enseñar los más elevados secretos del verdadero *budoka*, secretos que no estaban al alcance de cualquier profesor de dojo.

Caía la tarde, cuando Savage se acercó a su lanchón-piragua varado en la playa. Iba en busca de los aparatos que allí tenía y descubrió algo que le desagradó y reafirmó en su idea de localizar al traidor.

El receptor de ondas de radio, con su pequeña antena movable, estaba inservible, debían haberlo roto con algún golpe de *Karate*, pues el aparato estaba casi partido por la mitad.

El traidor ya debía saber que Savage le buscaba, y Savage se había equivocado al no ir rápidamente en busca de la pequeña

emisora que debía hallarse instalada entre las rocas, enviando señales a las aguas oceánicas. Sólo dos letras, L. G., dos letras que bastaban a quienes les buscaban para destruirles.

Escuchó voces y a no mucha distancia, en la playa, vio a varios jóvenes que se estaban bañando. Uno de ellos era Choppy, el joven navajero de Nueva York que había llegado a Liberty Garden por estar junto a su hermano en el momento en que éste moría a causa de una leucemia y no por tratar de convertirse en *budoka*.

Savage vestía solo los pantalones morado-violeta de su judogi, llevando todo el torso desnudo dejando que el sol de la tarde acariciara su piel. Se acercó a los jóvenes, sin prisas ni seriedad en su rostro.

—¡Hola! ¿Lo pasáis bien?

—Es tiempo libre —observó Choppy.

—Magnífico, el agua debe estar estupenda.

—¿Por qué no te bañas con nosotros, Savage? —preguntó Katia, una joven y bellísima rusa de cabellos rubios, cuerpo elástico y caderas bien formadas.

—He pasado varios días navegando, pero un poco de baño no me irá mal; sin embargo, quería preguntaros algo.

—¿Qué es? —interrogó otro de los muchachos—. ¿Quieres que llevemos tu lancha más adentro?

—No, no se trata de eso, simplemente quería preguntaros si alguien se ha acercado a ella.

Se miraron unos a otros. Choppy, encogiéndose de hombros, respondió:

—Todos hemos ido por allí, pero si lo dices por si falta algo, no creo que nadie haya cogido nada, no llevabas revistas ni periódicos.

—Cierto, no llevaba nada. Siempre ando metido con información y ahora estoy haciendo una especie de cura de relax profesional.

Cogió sorpresivamente a Katia con la tercera de hombros en técnica de Judo, cargándosela sobre el hombro sin proyectarla hacia el espacio y corrió metiéndose en el agua entre risas y parloteos de todos.

Katia trató de sujetarle con una presa de cuello y comenzó a estrangularle. Savage tensó los músculos del cuello y, pese a que la mujer demostró saber aplicar la presa de estrangulación, él aguantó

mientras se lanzaba al agua.

Katia, dispuesta a obligarle a rendirse, pues estaba segura de que su técnica de estrangulación era perfecta, no le soltó y Savage comenzó a bucear, sumergiéndose.

Hombre y mujer se hundieron en las aguas, entrelazados en una pelea que podía ser mortal pese a que ninguno de los dos deseaba lastimar al otro, sólo demostrarse mutuamente cuáles eran las formas de actuar, en la lucha.

Los cabellos rubios de la mujer se desparramaron por el agua mientras aguantaba la respiración. Con aquella presa había vencido en muchas ocasiones sobre el tatami, más Savage no se daba por vencido y su cuello se había tornado duro como el tronco de un roble. Ya no sujetaba a la muchacha que había quedado a su espalda sin soltarle, dispuesta a dominar al mismísimo Savage mientras en la playa los demás compañeros aguardaban a ver cómo terminaba aquella especie de juego.

Savage llegó hasta la arena del fondo y se desplazó sobre ella como si fuera un pez raya. Se encontró con una roca y se detuvo frente a la misma. Allí observó una pequeña langosta que le mostró sus pinzas mientras ocultaba la parte débil de su cuerpo dentro de una grieta.

La muchacha rusa sintió que su pecho amenazaba con estallar, que su mente se nublaba, que casi perdía la razón y que algo le oprimía el cráneo. Todas las sensaciones que ella pretendía que sufriera Savage y, en consecuencia, se viera obligado a suplicar que le soltara, declarándose vencido, más el hombre, con los ojos abiertos y como no importándole que ella continuara tratando de estrangularle, se había puesto a jugar con la langosta poniendo sus propias manos en forma de pinzas.

Katia no pudo más. Soltó a Savage y braceó hacia la superficie, en busca del aire que faltaba a sus pulmones, el oxígeno que reclamaba su sangre y su cerebro.

Los jóvenes, cuando la vieron salir, gritaron y rieron. Ella, después de devorar materialmente el aire, llenando sus pulmones, buscó a Savage.

Notó que la cogían por los pies y tiraban de ellos y su cabeza volvió a hundirse en las aguas como si acabara de atraparla una especie de pulpo. Volvió a salir, entre sorprendida y asustada, y

cuando lo hizo se encontró con el rostro sonriente de Savage frente a ella.

—Savage, ¿cómo has podido aguantar tanto?

—Eso se consigue rebajando el ritmo cardíaco; entonces ya no hay que hacer fuerzas —le dijo, sacudiendo la cabeza, ambos a flor de agua—. ¿Te has dado cuenta de que cuando nos hemos hundido, te he soltado? He dejado que la fuerza la hicieras tú; por lo tanto, necesitabas más oxígeno que yo, que, incluso, he dejado de pensar.

—¿Y cómo lo consigues?

—Mediante el autocontrol y eso es algo más difícil de conseguir que llegar a cinturón negro quinto dan de cualquier especialidad. Si estás preparada para ello, Sensei te lo irá enseñando. ¿Nadamos un poco?

—Sí, claro. ¿Hacia dónde?

—Hacia aquel pequeño islote.

—De acuerdo.

El uno junto al otro, bracearon al mismo tiempo como si estuvieran sincronizados y así llegaron al pequeño islote al que treparon y sobre el que se encontraron.

—Desde aquí veremos una magnífica puesta de sol —dijo el hombre.

Katia se sintió muy a gusto al hallarse al lado de Savage. Había llegado a aquel lugar siendo una adolescente flaca y casi feúcha, y en Liberty Garden se había desarrollado como una mujer espléndida.

—Katia...

—¿Sí?

—Cuando salgas de Liberty Garden, ¿adónde quieres que te lleve?

—Es que no quiero irme de aquí —respondió, con sinceridad.

—Habrás de salir; aquí sólo se quedan en forma fija los profesores y *Sensei*. Los demás, cuando os convertís en verdaderos *budokas*, debéis integraros en el mundo. Ser *budoka* no significa ser un monje de cenobio o una monja, que es lo mismo.

—Pues, quiero ir a Rusia.

—Allí te llevaré, prepararemos todos tus documentos. Tengo amigos en Moscú y en Leningrado, puedes escoger la ciudad que prefieras.

—Mejor Leningrado, de allí era mi familia.

—Perfecto. Saldrás bien preparada como para solicitar una plaza de monitora de Artes Marciales Orientales.

—¿Crees que me la darán? En la U.R.S.S. son muy estrictos, y quizá recelen de mí.

—No. Volverás a tu país sin problemas, tienes derecho a tu propia nacionalidad y, en consecuencia, también tendrás que cumplir con los deberes que te correspondan, pero no olvides jamás que es mejor ser ciudadano del mundo por encima de todo.

—¿Cómo tú, que eres ciudadano americano y te consideras ciudadano del mundo?

—Sí. Desgraciadamente, en demasiadas ocasiones, los soldados mueren en las guerras por defender intereses de unos pocos que prefieren ver los tiros de lejos. Tampoco vayas a olvidar que ser *budoka* y ciudadana del mundo no significa que puedas convertirte en traidora a tu patria, aunque en ocasiones te perjudique aceptar las leyes que solicitan la mayoría del pueblo por estimar que son las que más convienen a todos. Eso sí, cuando te encuentres en una dictadura, lucha contra ella por más buena que te digan que es, pero sin emplear nunca la violencia para conseguir unos derechos.

—Yo ya soy una *budoka* y si he de luchar, lo haré.

—El *budoka* no debe atacar, sino defender a los débiles y defenderse a sí mismo. Sé que hay muchos que conociendo los secretos de las técnicas del Judo, Karate, Tae Kwon Do y demás Artes Marciales, los utilizan para imponerse a los débiles, pero un buen *budoka* jamás debe hacer tal cosa.

—Pero tú has matado, ¿verdad, Savage?

Él permaneció unos instantes pensativo antes de responder y miró hacia el sol que se despedía cambiando de color.

—Desgraciadamente, sí, hay ocasiones en que la muerte no puede evitarse. —Suspiró—. En realidad, quien trata de destruir a su prójimo lo que hace es comenzar a destruirse a sí mismo. Si en la lucha muere alguien, no es tan grave, lo malo es el deseo de matar y si deseando matar mueren, es como si se hubieran matado a sí mismos y con ello no trato de disculparme. Puedo jurarte que jamás he tenido deseos de matar, pese a que hay tipos que son como alimañas y hay que exterminarlas para que no sigan matando, pero ese trabajo hay que dejarlo para las leyes de cada país. Creo que en

Liberty Garden se enseña a que ningún *budoka* desee convertirse en justiciero y verdugo. Cuando descubra a alguien culpable de un delito y en conciencia estime que debe recibir un castigo, deberá entregarlo a la Ley.

—¿Crees que en el mundo se sabrá lo que tratas de hacer, formando estos *budokas* excepcionales en Liberty Garden, y no lo digo por mí?

—Poco a poco se irán dando cuenta. No creas que somos los únicos que luchamos para limpiar el mundo y conseguir una sociedad mejor, menos egoísta, menos degradante de la Naturaleza; hay otros grupos que, a su manera, han iniciado la misma lucha.

—Savage, a las mujeres también hay algo que nos interesa mucho.

Savage sonrió ligeramente, volviendo sus ojos verdes hacia la joven. Katia sostuvo su mirada.

—¿Te refieres al amor?

—Sí.

—Mira, Katia, el amor es algo que no puede imponerse y no hay que confundir el amor con la satisfacción sexual, simplemente. Hay hombres monógamos que se enamoran de una sola mujer y le son fieles hasta la muerte.

—Y también hay polígamos, claro.

—Sí, los polígamos que son capaces de amar a varias mujeres a la vez. Es un amor distinto y muy difícil de explicar. En Occidente, creo que el mejor sistema es la pareja, pero hay que respetar otras formas de unión. Nadie tiene la verdad en su mano y cuando la gente habla sobre lo que se ha hecho siempre, hablan de un siempre que no abarca más allá de mil, dos mil o tres mil años, y la Humanidad tiene muchísima más edad. Lo que no puede hacerse es convertir la libertad en libertinaje ni el amor en vicio obsesivo.

—¿Tú eres polígamo?

La pregunta era muy directa; Savage siguió sonriendo.

—Digamos que he estado demasiado ocupado para encontrar a mi posible pareja.

—Pero tú has amado a muchas mujeres, ¿verdad?

—¿Por qué te interesa tanto saberlo?

—He oído comentarios sobre ti. Dicen que muchas mujeres se enamoran de ti y que tú las amas, pero que luego te apartas de

ellas.

—Cuando yo amo a una mujer, ella es consciente de que ese amor es temporal y que, al amarla, no busco sólo su sexo sino también su total comunicación. La mujer debe amarme a mí en la misma forma.

—¿Y si ella dice que quiere amarte para siempre?

—Si yo me doy cuenta de que desea mi amor para formar una pareja definitiva, la comprendo, pero me aparto de ella.

—¿Sin llegar a acostarte con ella?

—Así es.

—¿Y si una mujer te dice que desea amarte pero que no tratará de ligarte a ella para toda la vida, que sólo desea el amor contigo y que si te ama a ti luego se enfrentará a la vida mucho mejor, con más seguridad?

—Si es sincera y yo también siento amor por ella, pues...

—Savage, ¿por qué, por qué no —vaciló—, no me besas?

—No quisiera que pensaras que el Jardín de la Libertad es un jardín de libertinaje, de orgía. Precisamente aquí, y tú lo sabes bien, se da una gran importancia a la autodisciplina, al dominio de nuestros propios sentimientos.

—Lo sé perfectamente. Hace más de tres años que estoy en Liberty Garden, soy segundo dan de Judo y cuarto de *Karate*; conozco la meditación a través del *Zen* y el Yoga, aunque no haya alcanzado tus poderes, y pese a todo este tiempo y a hallarme rodeada de jóvenes espléndidos a los cuales he amado pero sólo como a hermanos, sigo virgen y no estoy en contra del amor. No me considero una mujer frígida ni insensible.

—Sé que ninguno de los hombres que hay aquí trataría de forzarte a una situación que tú misma no desearas. Sé, también, que si dos jóvenes *budokas* quieren amarse, nadie se lo impide, nadie se mete con ellos y ningún joven trata de ejercer poder sobre los demás erigiéndose en jefecillo para luego escoger a las chicas para sí. Aquí, nada de eso ocurre, pero como te digo, al ser el Jardín de la Libertad, si dos jóvenes quieren amarse, nadie se lo impide; si alguien desea permanecer virgen como tú, nadie atenta contra su intimidad. Si este lugar se hubiera degradado, descendiendo a un simple lugar de ocio y vicio, yo mismo habría terminado con Liberty Garden, pero como sé que la esencia que se le impuso desde

el principio sigue adelante, hay que mantenerlo, cueste lo que cueste, aunque tenga que dar mi vida para que siga como es.

Mirándola a los ojos, se sintió atraído hacia la mujer y tuvo deseos de confesarle que, él también, estaba muy preocupado, aunque sus problemas eran distintos a los de ella. Había un traidor que incluso podía ser ella misma, aunque no lo creía.

—Bésame, Savage, bésame. Quiero saber qué se siente, porque yo, en este momento, rodeada de mar, bajo el cielo que oscurece, siento que te amo.

Savage se inclinó sobre ella y encontró los labios trémulos, jugosos y sensuales que oprimió. Pasó su mano por la cintura femenina y atrajo aquel cuerpo joven y elástico haciendo que el beso fuera más profundo.

Notó que ella, con verdadero instinto de mujer, ansiosa de amor, se le entregaba totalmente.

Cuando terminó la caricia, Savage se separó de ella.

Katia casi jadeaba, sus pechos se alzaban y descendían ostensiblemente, unos pechos duros y bien formados que Savage había notado contra su tórax desnudo, con abundante vello húmedo y salado por las aguas del océano.

—Savage, quiero, quiero...

—Todavía no —la cortó, sellándole los labios con sus dedos.

Se levantó sobre el pequeño islote rocoso y saltó, zambulléndose en el agua. Necesitaba aquella frialdad, porque su cuerpo se había inflamado y Katia resultaba un fruto tan apetitoso, que resultaba casi imposible dejar de morderlo.

Buscó en la frialdad y en la oscuridad de las aguas la fuerza que temía perder en aquellos momentos.

Katia le vio alejarse y los ojos se le humedecieron un poco. Después, ya más repuesta, pues se había quedado temblando sobre la roca, se zambulló y fue tras el hombre nadando con regularidad, controlándose, no en vano también era una *budoka*.

CAPÍTULO V

Después de cenar, Owen Yufu, solía alejarse de las instalaciones de Liberty Garden y caminaba como para reencontrarse con la tierra que pisaba descalzo, buscando las estrellas con sus ojos y llenándose su cuerpo de sentido cósmico.

Se detenía, luego, en el Templo de las Meditaciones, donde adoptaba alguna postura de Yoga y dejaba pasar los minutos; más tarde, se retiraba a dormir.

Quieto casi como una planta, sin hacer ruido alguno, podía pasar desapercibido en su postura estática, o asana. Por contra, sus sentidos estaban agudizados; así podía escuchar toda clase de ruidos, sonidos que pasarían desapercibidos para cualquier hombre del mundo tecnificado. Podía ver sin ver, como si tuviera ojos en todo el cuerpo; por ello captó el paso furtivo y deslizante de una silueta cerca del templo.

Owen Yufu sabía que los alumnos de Liberty Garden debían estar ya descansando, aunque no era obligado que durmieran. Si alguno deseaba salir a caminar podía hacerlo, ya que en aquella escuela la disciplina no partía de los maestros para imponerla a los alumnos, sino que los maestros enseñaban a sus discípulos a auto disciplinarse.

Había unas reglas de convivencia; unos razonamientos sobre lo que más convenía, más a nadie se le imponía nada. Cada cual utilizaba su mente para dominarse a sí mismo y de esta forma, ser respetuoso y agradable con su prójimo. Era buscar el Do, el camino de la perfección, desde el principio, como había predicado el gran Gichin Funakoshi, creador del *Karate-Do*.

En Liberty Garden no se fabricaban campeones como en los dojos o en los kwon chinos, es decir, en los gimnasios donde se practicaban las Artes Marciales Orientales. Desgraciadamente, muchos de los grandes campeones, incluso olímpicos, carecían del

Do. Podían ganar campeonatos, pero estaban muy lejos de practicar verdadero Budo y por tanto, ser auténticos *budokas*.

Owen Yufu se levantó y trató de escrutar la noche. No pudo ver nada con los ojos, más su instinto le advirtió que la sombra furtiva se había dirigido al acantilado y, como maestro que era, tenía obligación de descubrir los problemas de los alumnos para ayudarles a resolverlos.

Desvió su mirada hacia el conjunto de las edificaciones y todo le pareció en calma. Había algunas luces encendidas en el exterior y una luz que correspondía a la habitación que solía usar M.

P. Savage

cuando iba por Liberty Garden.

Continuó hacia el acantilado.

Podía oír el rumor del mar estrellándose contra las rocas y su espuma blanca. Las olas de la playa tendrían, ahora un metro de altura, quizá más; el océano se estaba poniendo nervioso.

De pronto, pudo ver la silueta negra perfilada contra el brillo de las aguas Owen Yufu tuvo la sensación de que aquella silueta era algo maligno, y jamás había habido nada maligno en Liberty Garden.

Su sexto sentido le advirtió que, cerca de él, había una energía negativa, la de un ser destructor; sin embargo, Owen Yufu, maestro de

Kung-Fu,

no tenía miedo, ni siquiera miedo a morir porque se hallaba en paz consigo mismo.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

La figura humana había desaparecido y nadie respondió. Sólo escuchó el rumor del océano que absorbía y disolvía los demás ruidos.

Otro, en lugar de Owen Yufu, habría retrocedido; habría preferido pensar que la silueta humana no era más que una pequeña alucinación nocturna. Pero, Owen Yufu estaba seguro de que no había sido una alucinación y siguió adelante.

¿Habría llegado algún extraño a Liberty Garden sin que ellos lo supieran? Era un posible riesgo que había que considerar.

Sus pies avanzaron, pisando la arena que rodeaba las rocas de diversos tamaños que emergían de la tierra y se prolongaban en las

aguas como un ejército pétreo que avanzara hacia el mar o a la inversa, que surgiera de las aguas para invadir la tierra.

De pronto, al rodear una roca, lo vio frente a él. El propio Owen Yufu, el sifu de

Kung-Fu,

había sido descubierto por quién se deslizaba furtivamente en la noche de Liberty Garden.

—Soy Owen Yufu —dijo al ver que el sujeto que estaba delante tomaba la postura fudo-dachi, algo más desplazadas las piernas. Era la postura de *Karate*, más aquel sujeto no tenía el rostro descubierto, ni las manos ni los pies.

Todo él estaba vestido y completamente protegido. Usaba un casco-careta como los empleados para practicar la disciplina del *Full-Contact*^[3].

Aquel casco-careta de color negro dejaba ver los ojos y protegía el puente y toda la arista de la nariz, dejando un hueco para respirar. No se le podía identificar y con aquel casco-máscara se sentía protegido. También utilizaba un chaleco de cuero con protectores y, bajo los pantalones, llevaba espinilleras y un calzado adaptado que poseía cantos metálicos para propinar mortales yokogeri.

Sus manos también se hallaban protegidas con guantes de piel negra, guantes que, a su vez, llevaban cosidos unos nudillos metálicos y un filo duro y cortante para el canto de la mano. No eran guantes para practicar *full-contact*, pero sí mucho más terribles.

El enmascarado no adoptó una postura pacífica ni reverencial, al conocer la identidad de quien estaba delante de él, sino que atacó.

—¡¡¡Kiaiii!!!

Owen Yufu se echó hacia atrás, primero, y de lado después, evitando el primer kakato-geri. El tacón de los mortíferos zapatos que usaba el enemigo surgido en Liberty Garden no le tocó. Owen Yufu se dispuso a contraatacar, empleando

Kung-Fu

y optó por la técnica de la esquivia.

Bloqueaba los golpes de ataque sin contraatacar, a su vez. Esperaba fatigar a su adversario, más pronto comprendió que no iba a conseguirlo. El extraño sujeto que empleaba para ocultarse y

protegerse el casco empleado en los entrenamientos de *full-contact* quería matar; era algo que se notaba en sus ojos que brillaban, malignos, en la oscuridad.

—¡Kiaiiii!

El puño enguantado trató de romper el cráneo de Owen Yufu. Éste supo esquivar a tiempo la embestida y el puño dio contra una roca, saltando chispas muy visibles en la noche.

Owen Yufu aprovechó para propinarle dos golpes consecutivos, uno con el lado del pie a la pierna derecha para hacerle caer, cosa que no consiguió, y el otro fue un golpe con las puntas de los dedos, el ataque de «cabeza de serpiente» que en *Karate* podía equivaler a la tegatana o mano espada.

Los dedos de Owen Yufu se estrellaron contra los protectores de su enemigo que volvió a rugir:

—¡Kiaiiii!

Owen Yufu se tambaleó. Sintió un dolorosísimo pinchazo en el pecho y comprendió que acababan de hundirle por lo menos una costilla, incrustándosela en los pulmones.

Contraatacó y su golpe se estrelló contra el maldito casco protector de *full-contact*.

El extraño adversario le aplicó, entonces, un *shuto-uchi* y teniendo como tenía el canto de la mano reforzado con metal cortante, su golpe fue terrible.

Se escucharon crujidos de huesos, la clavícula y el omoplato se partieron.

Owen Yufu, que veía cómo sus golpes se estrellaban contra los protectores de aquel luchador, vaciló sobre sus pies. Antes de que llegara a caer, un puñetazo de los nudillos metálicos le fragmentó la mandíbula y su rostro se desfiguró.

Se dio con el occipucio contra una roca y cayó sobre la arena, totalmente vencido. Su asesino quiso rematar la obra: levantó el pie y le aplicó el mortal *kakato geri*, de arriba abajo, contra el pecho, a la altura del corazón.

El órgano de bombeo de la sangre estalló entre las costillas, reventado como una fruta madura al caerle encima una piedra. Un vómito de sangre escapó por la boca rota de Owen Yufu.

El asesino quedó quieto, mirándole a través de los orificios que tenía su casco protector. Volvió sus ojos, escrutando a su alrededor

como para asegurarse de que nadie le había visto, de que su crimen quedaría impune.

Se alejó, después, entre las rocas que miraban al océano. Liberty Carden no tardaría en llorar la muerte del maestro de Kung-fu.

CAPÍTULO VI

El cadáver fue colocado en un túmulo en medio del Templo de las Meditaciones. Lo cubrieron con un lienzo blanco, dejando que el viento se filtrara entre las columnas abiertas al norte, al sur, al este y al oeste, al mar y a la tierra.

Las oraciones sonaban en diversas lenguas, en distintos credos.

La campana doblaba con tristeza y hasta las palomas semejaban caminar con sigilo, sin batir alas por encima de la cúpula del templo. La consternación por la muerte inesperada y brutal del maestro de

Kung-Fu

era grande.

Moses P. Savage, que de ordinario tenía un rostro inescrutable para sus enemigos, ahora estaba pálido y muy grave. El anciano *Sensei* se le acercó y le puso la mano sobre el hombro.

—Quien ha destruido a Owen Yufu ha comenzado a destruirse a sí mismo.

—Lo sé, es un asesino.

—Tú has llegado a Liberty Garden con esa lancha neumática, buscándolo. ¿No es cierto, Savage?

—Sí, es cierto.

Echaron a caminar bajo el sol y vieron a Jennie que estaba depositando a su niño sobre la hierba y se disponía como a jugar con él. Jennie sabía lo ocurrido, como todos, en Liberty Garden. Ella no quedaba marginada de nada que pudiera trastornar a la comunidad en la que se hallaba plenamente integrada, más en aquellos momentos de dolor para todos, ella prefería volcar toda su atención en su hijito.

—*Sensei*, alguien de Liberty Garden tiene una pequeña emisora de radio que le sirve para lanzar al aire ondas de baja frecuencia que delatan el emplazamiento de Liberty Garden y que son

recogidas por una emisora flotante situada en el océano; ésta ha amplificado la onda que luego ha sido captada por los enemigos de Liberty Garden.

—¿Por los sicarios de la Secta del Dragón Bicéfalo?

—Sí. Tuve un encuentro con ellos, venían por mar con un yate que antes debió ser una lancha rápida militar y que debe estar bien armada.

—¿Han podido localizarnos?

—No, pude destruir el reemisor que flotaba dentro de una boya marina; también destruí la radio del yate; sin embargo, ellos pueden llegar a encontrarnos porque el emisor del traidor que tenemos en Liberty Garden estoy seguro de que sigue emitiendo.

—¿Estás seguro? —insistió *Sensei*.

—Sí. Debí buscarlo nada más llegar; traía conmigo un detector de emisoras clandestinas, pero lo han destrozado.

—¿Tienes alguna sospecha?

—Ninguna.

—Es un ninja, Savage.

—¿Un ninja?

—Sí, y de los peores, de los que trabajan en solitario. Actúan de noche y no se dejan ver. Los ninjas, para atacar o defenderse, emplean cualquier disciplina o arma, lo mismo una *katana* que un bo, un *nunchaku* o un *ton-fa*, cualquier arma o técnica es buena para ellos. En realidad, espían para comunicar a sus amos lo que averiguan, pero si se ven acorralados, atacan y son muy peligrosos.

—Tiene que serlo para haber acabado con Owen Yufu que era maestro de Kung-Fu.

—Sorprender a Owen Yufu no habrá sido fácil; sin embargo, no juzguemos a un hombre o mujer por su comportamiento normal porque podemos equivocarnos. Cuando se lucha a muerte y se extrae todo el *Kiai*, alguien que parecía inferior y que sobre un tatami puede ser derrotado fácilmente, en una lucha a muerte puede ser muy peligroso, tanto, que es capaz de vencer a un maestro.

—Hemos de descubrir quién es, antes de que destruya todo esto.

—Lo descubriremos, Savage. Ahora, todos los que estamos en Liberty Garden sabemos que entre nosotros hay un asesino, un

traidor. Esto suscitará una sensación de desconfianza entre todos, pero no será malo si se toman la situación como *budokas*; se harán más fuertes y capaces para enfrentarse a situaciones difíciles.

—Daremos unas batidas entre las rocas para buscar ese posible emisor.

—En ese caso, Savage, será preferible que te sinceres con todos y les expliques lo que me has contado a mí; ellos también están en peligro, en cualquier momento se les puede aparecer ese ninja asesino y atacarles. Si ha podido sorprender y matar a Owen Yufu, puede acabar con cualquiera, incluso contigo, Savage.

—¿Quién, quién podrá ser?

—Si tuviera alguna idea, te lo diría, pregúntales a todos.

—No quiero que dejen de sentirse hermanos, que desconfíen unos de otros, que se miren con recelo.

—No se mirarán con odio, yo les hablaré. No temas que en este caso una manzana podrida estropee a las demás, eso no ocurrirá. Ese ninja que se ha internado en Liberty Garden no degradara a los discípulos. Además, debemos tener en cuenta que lo mismo que has llegado tú inesperadamente, ha podido llegar él, quizá no pertenezca a la comunidad.

—Es una posibilidad; he pensado en ella, pero me inclino a creer que es alguien en el que todos confiamos.

—Si hubiera querido marcharse ya lo habría hecho, sabiendo dónde estamos.

—No es tan fácil marchar de aquí. Quien quiera que sea, está esperando que lleguen los hombres de la Secta del Dragón Bicéfalo.

—Si llegan, les haremos frente.

—Mientras no nos encuentren dormidos... Aquí no tenemos alambradas ni señales de alarma, dormimos en paz.

—Ahora no podremos dormir en paz hasta que descubramos a ese ninja, al asesino de la noche.

—Haremos una gran reunión en el gran tatami de competiciones, después del entierro de Owen Yufu.

—Será lo mejor, Savage. Descubriremos a ese ninja asesino. Ahora mismo, aunque parezca uno más, estará en tensión, temerá ser descubierto.

—Su única esperanza es que sus compañeros del crimen lleguen aquí con su embarcación antes de que le descubramos.

—Convocaré la gran asamblea —dijo *Sensei*—. Pediré un juramento de lealtad individual; de este modo, el que actúe como ninja y traidor a los demás, se sentirá un perjurio y un cobarde.

—Me parece adecuado, *Sensei*. Quiero ver los ojos de todos y cada uno de los que están en Liberty Garden; sin embargo... —Hizo una pausa—. Pese a todo, soy partidario de darle una oportunidad de huir.

—¿Sin castigarle por la muerte de Owen Yufu?

—Sí, creo que el propio Owen Yufu habría sabido perdonarle.

—Perdonar es demostrar grandeza, *Savage*, pero no olvides que aunque tú seas el fundador, aunque tú sostengas Liberty Garden, la comunidad es soberana en sí misma, es democrática, y quienquiera que sea el asesino, cuando sea capturado, deberá ser juzgado por todos nosotros. Aquí no dependemos de más ley que la de nuestra comunidad. Éste es un lugar de libertad, pero aun en los países más libres deben existir leyes de protección.

—No lo olvido, *Sensei*, y no tomaré la justicia por mi mano.

—Es una norma importante.

En Liberty Garden no había cementerio ni ciudad de los muertos donde se les pudiera marginar y aislar poniendo una tapia alrededor como temiendo que pudieran salir durante la noche; en Liberty Garden, si alguien moría, se escogía un lugar adecuado y éste podía ser el que en vida hubiera preferido.

Para Owen Yufu se abrió una fosa al pie de un mandarino, como un metro separada del tronco. Owen Yufu solía buscar la sombra de aquel árbol y aseguraba que su fragancia, cuando el frutal estaba en flor, le agradaba extraordinariamente.

Allí no se colocaría una lápida al uso, sino una piedra grande y pesada, una parte de la cual se dejaría plana para grabar el nombre y la fecha de la muerte, nada más. En aquella piedra podría sentarse, quien quisiera recordar al maestro de Kung-Fu.

Al entierro acudieron todos, incluida Jennie y el pequeño Moses júnior.

No hubo pompa, pero sí sentimiento.

Dos horas más tarde, todos se hallaban reunidos en los bancos que rodeaban el gran tatami de competiciones en cuyo centro estaba estampada la flor del cerezo, símbolo de los samuráis.

Sensei habló, explicando cuánto sabía respecto a lo ocurrido; les dijo lo que se sospechaba del asesino y prosiguió:

—Esto no es un juego, no es una simple prueba. Es una situación difícil y vergonzosa para el traidor. Os voy a pedir juramento a todos. Uno por uno iréis subiendo al tatami, pondréis las palmas de vuestras manos sobre las mías y juraréis, por vuestro honor de budoka, que no habéis cometido el crimen que ha costado la vida a Owen Yufu; que no sois los traidores de Liberty Garden.

Él dolor embargaba a los miembros de la comunidad de *budokas*, el dolor y también, la decepción, al tener conciencia de que uno de ellos era un traidor y un asesino.

Había logrado infiltrarse en Liberty Garden, ganarse la confianza de sus compañeros y no era más que un miembro de la Secta del Dragón Bicéfalo, alguien que cobraba de los que sostenían a aquel grupo de sicarios para que asesinaran a Savage y destruyeran su Liberty Garden.

Uno por uno fueron subiendo al gran tatami que se hallaba como uno o dos pies por encima del suelo. Bajo el sol, y sobre la flor del cerezo, colocaron sus dos manos abiertas sobre las palmas boca arriba de *Sensei*; juraron no ser los culpables poniendo en juego su honor de *budokas*, su honor de practicantes, casi sacerdotes del Budo.

Jennie, vestida como todos con el traje de *budoka*, aunque ella llevaba cinturón blanco, quiso subir, también, al tatami dejando al niño en manos de Katia.

Buscó en el aire las manos de *Sensei* y juró, también; era obvio que ella no podía ser la culpable, pero quiso ser como el resto de la comunidad.

Todos los juramentos sonaron solemnes, profundos. Los ojos de Moses P. Savage se encontraron con los de Katia, la bella rusa.

Ambos se sintieron atraídos el uno hacia el otro, más no era aquél un momento para intimidades.

Savage se adelantó hasta *Sensei* y puso sus manos sobre las del gran maestro anciano y juró como todos. Su voz sonó fuerte, viril, grave y solemne. Después se volvió hacia cuántos componían Liberty Garden, maestros y alumnos, y dijo:

—Hemos jurado pero uno ha mentido, uno es indigno de ser budoka. Uno debe estar avergonzado de sí mismo; es un cobarde

que se ha vendido al dinero de los asesinos y explotadores de la humanidad que le sustentan pagándole sus monedas de plata. Uno se ampara en el anonimato; sin embargo, y si la comunidad no vota en contra, podemos ofrecerle la oportunidad de marchar de aquí sin recibir daño alguno. Será despreciado, pero perdonado pese a todo, y yo me encargaré de sacarlo de Liberty Garden y llevarlo a dónde él pida ir. No será perseguido más que por su propia conciencia.

Se hizo un grave y denso silencio que rompió *Sensei*:

—Quien esté en contra de esta opción de perdón que Savage solicita para el culpable, que alce su mano. Todos estimábamos a Owen Yufu y por lo tanto, todos podemos pedir castigo o perdón para su asesino.

De nuevo, un gran silencio. Nadie alzó su mano y, bruscamente, el bebé de Jennie estalló en un inesperado llanto; nadie le hizo callar.

Sensei volvió a hablar:

—Ha sido aceptado el perdón, por unanimidad. Si el culpable se identifica ahora mismo, sabe bien que cumpliremos. No se tocará ni uno solo de sus cabellos. La comunidad, en asamblea y por unanimidad, le ha perdonado.

Nadie se movió de sus asientos, el culpable prefería permanecer en el anonimato.

Moses Pacific Savage, que vestía su judogi morado con la flor del pensamiento bordada en la espalda, dijo entonces, desafiante:

—Después de la cena y hasta que el culpable haya sido descubierto, todos os retiraréis a vuestros dormitorios, todos sin excepción, pero yo cada noche, entre las doce y la una, permaneceré sobre este tatami, esperando. Si lo que desea el enviado de la Secta del Dragón Bicéfalo es matarme como ha hecho con Owen Yufu, me encontrará aquí y podrá intentar lo que otros miembros de la secta han intentado ya, sin conseguirlo. Le esperaré, porque no tiene otra opción que venir a enfrentármese. Encontré en el océano la boya que ampliaba y reemitía la onda que desde aquí lanzaba al aire para que pudieran descubrir la posición en el mapa, de Liberty Garden, y la destruí; también estropeé el yate de sus compañeros, que no podrán venir a buscarle. Si quiere terminar conmigo, le daré la oportunidad, pero será en lucha sobre este tatami, a solas, con la luna y las estrellas por testigos. Podrá escoger

el tipo de lucha que prefiera o el arma con que desee matarme, nadie se lo impedirá.

El desafío estaba lanzado. *Sensei* dio tres palmadas y todos abandonaron los bancos que había en torno al gran tatami de las competiciones. Sobre el mismo quedaron *Sensei* y el propio Savage que había quedado muy pensativo.

—Me parece imposible que pueda ser ninguno de ellos.

—Quienquiera que sea ese ninja asesino, es un ser que sabe controlarse muy bien. De lo contrario, al hacer el juramento poniendo sus manos sobre las mías, habría notado su traición, su perjurio.

—Yo contaba con que eso sucediera, *Sensei*.

—Pues no ha ocurrido. ¿Piensas, ahora, que ese ninja pueda estar agazapado entre las rocas y no pertenezca a nuestra comunidad?

—Es una posibilidad, aunque me inclino a suponer que sí es miembro de la comunidad; no obstante, rastreamos buscaremos huellas. Hay que encontrar, también, la emisora que está utilizando.

—De pronto volvió su mirada hacia los ojos del anciano y preguntó —: ¿Qué opinas de Choppy?

—Es un joven con muchas posibilidades para ser budoka; tiene aptitudes físicas naturales, aunque todavía no ha entrado bien en el Do. Hay que pensar de dónde ha sido sacado, del mundo de la delincuencia de las calles de Nueva York, y no vino aquí para ser *budoka* sino para acompañar a su hermano en su tránsito a la muerte, luego, pidió quedarse.

—¿No han temblado sus manos al hacer juramento?

—No, y sus ojos me han parecido limpios —afirmó *Sensei*.

—Pese a ello, cuando conocí a ese muchacho en Nueva York, y de eso no hace demasiado tiempo porque es prácticamente nuevo en la comunidad de Liberty Garden, no podía decirse que tuviera honor o una conciencia digamos muy sana.

—Le mantendré en observación sin que él lo note.

—Gracias, *Sensei*. Si lo vigilara yo, recelaría y si estoy equivocado, él perdería la confianza en todos nosotros. No podemos señalar a nadie hasta estar completamente seguros de que, efectivamente, es el culpable.

Sensei estaba seguro de que Savage terminaría por descubrir al

traidor, y de lo que también estaba seguro es que habría más sangre.

CAPÍTULO VII

M. P. Savage pasó toda la tarde sólo en la postura del loto o padmasana de Yoga, dentro del Templo de las Meditaciones.

Había comenzado una lucha a muerte. Aquella situación era muy distinta a cuando él, en compañía de sus grandes amigos Ricky y Juanita Chancleta, se aprestaba a realizar un reportaje-denuncia. En dichas circunstancias, corría riesgos, riesgos de muerte e incluso eran sus enemigos quienes morían; ahora, la diferencia estaba en que él era consciente de que si no conseguían matarle, él tendría que matar al traidor, en lucha. Era un desafío abierto contra alguien al que había estimado, ignorando que la mente del traidor era retorcida y falsa.

Cuando abandonó la meditación y su mente y su cuerpo quedaron libres de preocupaciones, abrió los ojos y centró sus pupilas en uno de los canalillos de agua que entre las piedras se internaban dentro del Templo de las Meditaciones.

Un carasius de color naranja metálico parecía mirarle muy cerca de la superficie, quizá había un milímetro de separación entre el agua y el aire.

El hombre efectuó unos movimientos con sus dedos delante de la cara del pez que tendría algo más de veinte centímetros de largo. Los ojos del carpín se fijaron en aquellos pases que irradiaban una energía pacífica. Luego, Savage fue descendiendo su mano como tras haber tranquilizado y quitado toda la reserva del carpín.

Hundió un dedo en el agua, sin provocar choque alguno, y acarició el cuerpo del pez dorado naranja, que se dejó acariciar.

De pronto, el carpín dio un brusco coletazo y se alejó. Savage, sin levantar el rostro, dijo:

—¡Hola,

Sai-Ko!

La pequeña vietnamita, profesora de *Karate-Do*, estaba junto a

él. Se había acercado con los pies descalzos y vistiendo un sari blanco. Un lazo violeta rodeaba su cabeza pasando por la frente en señal de dolor. Los largos cabellos azabache caían sueltos y lacios por la espalda, rebasando la estrecha cintura.

—Si supiera quién es el traidor, yo misma le daría el castigo que merece, Savage.

—Lo sé,

Sai-Ko.

Eres una gran *budoka* y tienes el espíritu de Liberty Garden. Sabes que quien lucha contra nosotros, lucha contra todo el sentido de la libertad y los derechos humanos.

Savage se incorporó y ambos, caminando uno junto al otro, abandonaron el Templo de las Meditaciones y se acercaron a uno de los tatamis de entrenamiento.

Se detuvieron para observar como Kato Juji, el maestro de Judo, daba lecciones a sus discípulos, poniendo el máximo de atención, puliendo cada uno de los defectos de los cinturones negros que eran sus alumnos, pues él, en Judo, era octavo dan y también poseía cinturón negro de *Karate*, *Aikido* y *Hapkido*.

A cada alumno, según sus particulares propiedades físicas y tendencias mentales, lo encaminaba hacia unas determinadas técnicas, dentro de la disciplina del Judo.

Si eran fornidos y algo pesados, los encaminaba especialmente hacia las técnicas de las inmovilizaciones. Si era de regular estatura o bajo, le aconsejaba las proyecciones, ya de cadera, ya de hombros. Y si era más bien alto, lo internaba por los caminos de los barridos de piernas o técnicas de

Ashi-Waza,

lo que no era obstáculo para que todos tuvieran que conocer bien, y a fondo, cada una de las distintas técnicas.

—¿Cómo va eso, Kato Juji? —preguntó Savage.

—Bien, aunque esta tarde los espíritus están algo decaídos —respondió el japonés de sienes plateadas que nunca sonreía—. No entran bien en concentración.

—Lo comprendo.

—¿Por qué no entras al tatami y pruebas a hacer alguna pequeña demostración?

—Es que...

—Vamos —le pidió la propia Sai-Ko.

Savage se fijó, entonces, en que uno de los alumnos era el mismísimo Choppy. Miró su cinturón y se asombró.

—¿Cómo es posible que seas ya cinturón marrón?

Choppy sonrió débilmente, como cogido en falta. Kato Juji respondió por él:

—Es un alumno muy aventajado. Ha aprendido todas las técnicas y ejecuta las *katas* con una perfección impropia de un discípulo. Pese al tiempo, que ha sido extraordinariamente corto para avanzar en los diversos cinturones blanco, amarillo, naranja, verde, azul y marrón, nos hemos tenido que rendir a la evidencia y otorgarle el cinturón marrón, aunque, en adelante, ya sabe que todo no será tan fácil. Pasar de marrón a negro cuesta mucho más, se exige mayor pureza en cada uno de los movimientos.

—Procuraré aprender.

Savage dejó sus gettas al borde del tatami y se adentró en él. Se encaró con Choppy, el joven neoyorkino que antes había sido un navajero, un jefe de pandilla de delincuentes juveniles.

—Veamos cómo consigues un Ippon —dijo.

Kato Juji asintió con la cabeza, mirando al joven cinturón marrón.

Éste se colocó a la distancia adecuada para arrodillarse y efectuar el saludo fundamental del Judo, con las rodillas separadas y las caderas descansando sobre los talones, con las palmas de ambas manos apoyadas en el suelo. Savage hizo lo propio.

Inclinaron, luego, ambos, hacia delante el busto y la cabeza, sin rigidez. Se incorporaron y avanzaron el uno frente al otro. Se agarraron respectivamente las mangas de los judogis y el borde de la casi inexistente solapa en la presa fundamental o *Kumi-Kata*.

Con los pies desnudos y separados, comenzaron a moverse sin soltarse. No había tensión en ellos, pero cualquier movimiento que efectuara uno de los dos, el otro lo captaba de inmediato, incluso a través de la tela que sujetaba.

Preveía cuál iba a ser la técnica o llave a emplear por el contrincante, para tratar de evitarla y, al mismo tiempo, contraatacar con otra.

Choppy entró con el primer movimiento de pierna. Savage se

hizo a un lado y no tardó en darse cuenta de que la O-Soto-Gari sólo era una forma de hacerle cambiar de postura, porque Choppy giró levemente hacia su izquierda y dobló el cuerpo para ejecutar la proyección de cadera alada que, de no ser Savage su rival, habría entrado con limpieza total. Sin embargo, Savage, en vez de ser proyectado, cuando ya estaba en el aire, se encogió sobre sí mismo. Se dejó caer de espaldas en un sutemi, metió la planta del pie en el vientre de Choppy y lo hizo volar por encima de sí, cuando Savage ya tocaba el tatami con la espalda.

—Ippon —sentenció el maestro Kato Juji.

Los dos luchadores se levantaron y se saludaron reverencialmente. Después, Savage se le acercó para felicitarle.

—Enhorabuena, Choppy. Tu proyección de cadera alada, después del amago de la primera de piernas, ha sido muy buena.

—Sin embargo, no he conseguido mi propósito, me has vencido con un sutemi.

—La verdad es que no era mi intención acabar tan pronto el combate, pero cuando se lucha hay que hacerlo en conciencia, sin falsear las situaciones; no obstante, tengo que admitir algo.

—¿El qué, Savage?

—Pues, que el sutemi que te he aplicado yo no es muy puro, dentro de la disciplina del Judo.

—Es reglamentario —puntualizó el maestro Kato Juji.

—Lo es, pero en su espíritu hay algo del arte del

Kung-Fu.

Es la lucha del leopardo cuando está frente a un animal de superior envergadura. Cae hacia atrás y le ataca el vientre, estando él en postura de aparente sacrificio.

—He oído decir que el gran maestro que fue Bruce Lee, tampoco era muy puro en sus técnicas de lucha —dijo Choppy.

—Es cierto —admitió Savage—. Bruce Lee empleaba una lucha inventada por él mismo y que llamaba Jeet-Kune-Do. Venía a ser una mezcla de

Kung-Fu,

Judo, Karate, Tae-Kwon-Do, boxeo tailandés, boxeo francés y es posible que también tuviera algunas técnicas propias. Era un gran luchador que no podía presentarse a los campeonatos donde se exigía pureza, porque él luchaba según la técnica con que se le

enfrentaba su adversario y le vencía con la energía que éste desarrollaba. Según el mismo Lee decía, era como el agua que se amoldaba a un vaso, a un jarro, a una botella o a una tetera. De esta forma, resultaba casi imposible vencerle. Bueno, creo que ya he interrumpido bastante la clase. Disculpa mi intromisión, maestro Kato Jiju.

—Siempre son de agradecer tus palabras, Savage. Los discípulos las beben.

Volvieron a saludarse con inclinaciones de cabeza y Savage se alejó del tatami caminando junto a la bellísima vietnamita Sai-Ko.

Se dirigieron a la nave artesanal del metal y la electrónica. La nave era bastante amplia y limpia, pintada de blanco, con mucha luz dentro de ella.

Miembros de la comunidad, alumnos y también profesores, podían trabajar en lo que desearan para aprender y practicar las profesiones de la metalurgia y la electrónica.

Savage había conseguido hacer llegar hasta allí tornos, fresadoras, taladros, buenos equipos de trabajo del metal y la electrónica.

El coche Daymio que solía conducir Savage había sido ideado, diseñado y construido íntegramente en aquel taller artesanal donde cada pieza, cada cable, era elaborado con atención y mimo. Allí no se conseguía ningún aparato, por trabajó en cadena. Cada pieza o manufactura completa era única. Allí se habían fabricado piezas de recambio para el pequeño avión a reacción Spirit of Samurái con que Savage se trasladaba rápidamente de una parte a otra de la Tierra.

En aquellos momentos estaban construyendo una pequeña embarcación, capaz para cuatro viajeros y que podría descender a grandes profundidades submarinas.

Walter Hans, un gigantón germánico de cabello amarillo y ojos azul oscuro, era quien coordinaba los trabajos. Se había doctorado en ingeniería en Hannover y había trabajado en una fábrica de armas que le pagaba un buen sueldo.

Walter Hans, un hombre de gran vitalidad y mucho apetito, para conservarse bien, había acudido a un dojo donde comenzó a interesarse por las Artes Marciales Orientales. Había aprendido

Judo y *Karate*.

Savage se había topado con él, cuando Walter Hans pasaba por una gran depresión psíquica, pues había adquirido conciencia de cuál era su trabajo: fabricar armas para que luego se vendieran por todo el mundo, fomentando, así, los conflictos bélicos.

Savage le había ofrecido una oportunidad para reencontrarse a sí mismo. En Liberty Garden, como ingeniero que era, resultó de gran utilidad para coordinar trabajos de metalurgia y electrónica. Se destapó como un buen *budoka* y descubrió que le iban mejor las disciplinas del Kyudo, tiro con arco, y el *Ho-Jutsu*, tiro con armas de fuego, disciplinas en las que no tardó en convertirse en un maestro. Por las facultades que tenía, además, era *sho-dan* de *Karate* y Judo.

—¿Cómo va eso? —preguntó Savage.

Walter sonrió, apenas; también estaba afectado por la muerte de Owen Yufu.

—Tendrás ese detector de emisoras en dos días.

—¿Con la emisora de Liberty Garden no se capta la señal que te conté?

—No.

—¿Y a qué crees que puede deberse?

—Posiblemente, esa pequeña emisora debe poseer un cono focal que hace que la onda se propague partiendo de un vértice, en un ángulo no superior a los noventa grados. Si el pequeño emisor-espía está colocado en una roca frente al mar, la onda no llega a nosotros.

—¿Porque el cono metálico de protección posterior absorbe la onda?

—Sí. Debe poseer un cable que muere en el agua; de esta forma nosotros no podíamos detectar la emisora ni sabíamos que existía. Partiendo de su posición en alguna roca, se esparcía hacia el mar.

—Sí, hasta encontrar la boya que llevaba dentro un receptor amplificador y reemisor.

—El emisor será pequeño, pero muy bien construido. Daremos con él si componemos el detector que te rompieron, y nos ponemos en el mar con la lancha o el remolcador que tenemos en Liberty Garden. Desde el mar detectaremos ese emisor.

—¿Desde tierra no?

—No, desde tierra, no. Cómo te digo, el envío de ondas es focal. La onda que debería llegarnos se hunde y disuelve en el océano. Si

quieres descubrirla habrá de ser desde el mar, frente a nuestra costa.

—De acuerdo, Walter. Procura darte prisa en terminar ese aparato, hay que silenciar esa emisora; no obstante, vigilaremos por si alguien se acerca a las rocas. En una de ellas está colocado el emisor que nos traiciona.

—Daremos con él, Savage, y una vez tengamos el emisor-espía, lo despanzurraremos.

—No demasiado. Será bueno llevarlo a otra parte del planeta y dejarlo emitiendo. Así desconcertaremos a los sicarios de la Secta del Dragón Bicéfalo.

—Será una buena treta; no obstante, hay que capturar primero ese emisor para averiguar cómo emite con exactitud y de dónde han salido sus piezas. —Se encaró con la joven vietnamita y dijo—: Me hace falta un rebobinado muy perfecto y tus dedos pueden resultar preciosos. ¿Qué dices?

La pequeña

Sai-Ko,

maestra de *Karate*, sonrió y asintió con la cabeza, lo que equivalía a decir que colaboraría en la reconstrucción del detector de emisoras que le habían destrozado a Savage.

CAPÍTULO VIII

Al oscurecer, cuando las aguas del océano batían suavemente la playa, Moses P. Savage se desnudó integralmente y se zambulló de cabeza. Nadó con brío y permaneció unos minutos bajo el agua.

Después, salió y tomó su judogi entre las manos. Calzándose sólo las gettas, se dirigió al gran tatami de competiciones, dejando que el agua resbalara por su cuerpo nervudo y musculoso, un cuerpo capaz de acciones increíbles, con unas posibilidades que ni los médicos deportivos podían soñar.

No tenía que haber nadie, fuera de sus dormitorios; sin embargo, Savage sabía que le observaban desde la oscuridad.

Su sexto sentido se lo advertía, pero actuaba como si no se diera cuenta de nada. No estaba seguro de que el traidor acudiera a la cita del desafío.

Subió sobre la gran colchoneta bañada por la suave luz de la luna y llegó hasta la flor del cerezo. Allí, cubrió su cuerpo, ya casi seco, con el judogi de color morado y ajustó el lazo de los pantalones de perneras cortas. Después, se ciñó el cinturón negro alrededor de la chaqueta de largos faldones que tenía la flor áurea del pensamiento bordada en la espalda.

Sólo Savage usaba un judogi de aquel color que en ninguna competición oficial habrían aceptado. Savage no se presentaba nunca a ningún campeonato, aunque sí había hecho exhibiciones de sus cualidades como *budoka* en el mismísimo Kodokan de Tokio. Quien había oído hablar de Moses P. Savage, había oído hablar de su judogi morado-violeta que lo distinguía entre muchos otros.

Sobre la flor de cerezo del tatami, giró sobre sus pies mirando en derredor, escrutando los bancos y cuanto alcanzaba a ver. No descubrió a nadie, pero se sabía observado furtivamente.

Se sentó en el centro del tatami, sobre la flor del cerezo, símbolo de los samuráis y adoptó la postura *zazen* para la meditación del

Mokuzo. Se dispuso a esperar a que llegara el traidor, el sujeto que en las noches de Liberty Garden actuaba como un ninja.

La Secta del Dragón Bicéfalo, que se sustentaba del dinero de todos aquellos que de una forma u otra practicaban la explotación del hombre por el hombre, tenía dos objetivos principales: primero, exterminar a Moses P. Savage y segundo, destruir Liberty Garden para que no se desparramaran por el planeta más *budokas* al estilo de Savage, seres capaces de denunciar todo lo que consideraran un crimen contra el hombre, los derechos humanos y la libertad.

Si los sicarios de la secta tenían ese objetivo principal, era posible que el traidor que actuaba como un ninja asesino apareciera en el tatami tratando de matarle.

Savage tenía todos sus sentidos alerta. Si alguien pisaba la lona del tatami, aunque fuera por su espalda, no conseguiría cogerle por sorpresa. Quizá el traidor lo sabía y por ello se mantenía a distancia.

Pasaron los minutos largos y lentos como horas, aunque Savage, sumergido en su meditación, semejaba haber escapado del tiempo mismo. No tenía la sensación de que los minutos transcurrieran.

Aquella forma de esperar un momento que podía resultar mortal era especialmente beneficiosa, ya que los nervios y los músculos de Savage no estaban tensos.

Todo su cuerpo se hallaba relajado, aunque en la fracción de un segundo podía tensarse como la cuerda de un excelente arco para practicar el Kyudo.

Esperar en *zazen* era tranquilizarse, rechazar la angustia, aguardar con un completo dominio de la mente y el cuerpo. No era como un animal desesperado y acorralado en un agujero, esperando que su enemigo cayera sobre él.

Savage era un ser humano que había alcanzado un autocontrol total. Practicante de *Zen*, la doctrina mental que permite entender, realizar y perfeccionar la propia mente, Savage se perdía en dimensiones sólo explicables en religiones alejadas en el tiempo o intuitas por los aficionados a la ciencia ficción.

Podía paralizar su pensamiento y acentuar el poder de sus sentidos, de tal modo que se convertían en aparatos vitales y latentes de alarma.

La luna, flotando en el espacio, fue abriéndose camino entre las

estrellas y el asesino no aparecía. Por lo visto no deseaba enfrentarse a Savage en aquel tatami.

De pronto, un pie se posó con tal suavidad sobre la lona del tatami que una simple mosca no hubiera hecho menos ruido.

Fue como si dentro de Savage se hubieran puesto en marcha un montón de resortes y unos relés hubieran disparado los motores de sus músculos.

Encarándose justo en la dirección de quien acababa de pisar la lona, Savage adoptó la postura kokutsu-dachi de *Karate*, estirando su mano izquierda hacia delante y poniendo el puño cerrado por delante de las costillas flotantes, dispuesto a la lucha.

—¡Katia!

La voz salió casi ahogada, de la garganta de Savage al reconocer a quien acababa de pisar el tatami, sigilosamente.

La bellísima joven rusa se hallaba relajada; no adoptaba ninguna posición de ataque o defensa, no estaba dispuesta para la lucha. Su rostro, a la luz de la luna, aparecía entre sonriente y preocupado. Al observar que M.

P. Savage

se había puesto en acción de guardia para atacar en el arte de *Karate*, quedó en suspenso.

—Savage, la hora ya ha pasado; es más de la una de la madrugada.

Savage, que se la había quedado mirando fijamente, suspiró y deshizo la guardia. Juntó los talones, estiró sus brazos a lo largo del cuerpo y dobló la cintura, saludándola reverencialmente.

—Disculpa, Katia, estaba esperando al asesino de Owen Yufu.

Después de dejar las gettas al borde del tatami, ella avanzó hasta el hombre. Ambos, con los pies descalzos, quedaron el uno frente al otro.

—He estado todo el tiempo escondida por si aparecía alguien, pero, salvo tú, nadie ha venido por aquí.

Savage puso sus manos sobre los hombros femeninos y buscó los ojos de Katia para sujetarlos con el magnetismo de sus pupilas intensamente verdes.

—Sabías que debías estar en tu habitación a esta hora.

—Sí, pero tenía miedo por ti. Quien consiguió matar a Owen Yufu podía repetir la hazaña y más si ese alguien no ha sufrido ni

una herida, siquiera después de un combate con el maestro de Kung-Fu.

—Es cierto. Owen Yufu luchó y murió, fue derrotado, pero yo mismo me he dicho que tuvo que aplicar algún golpe duro de Kung-Fu

y, sin embargo, que yo sepa, no hay nadie herido o que se resienta.

—Ese asesino puede aparecer por este tatami después del desafío que le has lanzado y matarte.

—Es un riesgo que habré de correr, pero tú no has debido venir. ¿Y si te llegas a tropezar con ese ninja?

—Me hubiera defendido.

—Lo creo, pero también pienso que no habrías tenido mejor suerte que el maestro Owen Yufu. Él estaba preparado para resistir golpes más duros de los que puedas recibir tú; sin embargo, lo destrozaron. Quien golpea en la forma que golpearon a Owen Yufu no va con las manos y los pies desnudos; lleva refuerzos para que cada golpe suyo pueda resultar mortal.

—No habría podido dormir sabiendo que tú estabas en peligro, Savage. Ahora que sé que el asesino no ha acudido al desafío, me siento más tranquila.

—Pues yo hubiera preferido verle la cara, descubrirle, hacerle sentir la vergüenza de su traición.

—¿Qué puede hacer estando tú aquí, Savage?

—Mucho, Katia, desgraciadamente, mucho.

A la joven le temblaban los labios que brillaban a la luz lunar por hallarse ligeramente húmedos. Eran labios que se ofrecían. Despacio, con amor, la joven reclinó su rostro contra el pecho de Savage.

—¿Por qué él no ama como nos amamos todos nosotros?

—Porque en su espíritu no ha entrado el Do; desea matar, y espera beneficiarse con la sangre que derrame.

—Quizá lo único que desea es destruirte a ti.

—¿A mí en concreto?

—Sí, a ti.

—Sé que esa secta de sicarios desea matarme, lo ha intentado varias veces, pero creo deducir por tus palabras que quieres decirme que ese ninja asesino desea matarme a mí por algo concreto.

—Sí.

—¿Por qué?

—Quizá te tenga un odio personal, un odio que le ciega la mente y no le deja ver con claridad. Savage, ¿por qué no me besas?

—¿Ahora?

—Sí, ahora, como en la roca, cuando estábamos rodeados de agua.

—Sabes que me atraes, Katia, me atraes mucho y eso es peligroso.

Ella sonrió, esperanzada. Alzó el rostro hasta que sus labios tocaron los de él y se volvieron a separar como provocando, como citándole.

—Me amas, ¿verdad?

Las manos de Savage bajaron de los hombros de la muchacha por los brazos y los costados hasta la cintura.

—¿Me amas tú a mí?

—Te amo, Savage, siempre te he amado; pero no temas, no seré yo quien te ate a ningún lazo. Comprendo cuál es tu camino, sé que gracias a ti funciona Liberty Garden y comprendo que necesitas ser un hombre libre para poder denunciar la injusticia. Si tuvieras familia podrían chantajearte, estarías limitado, todo eso lo comprendo perfectamente.

—Si lo comprendes, ¿qué pides?

—Amor —musitó, tenuemente.

Sus palabras salían envueltas en un cálido aliento húmedo y perfumado que encelaba al hombre pese a que éste había sorbido muchos besos, había oprimido muchos cuerpos de mujer.

Moses P. Savage besó los labios bien dibujados, algo alzado y perfilado el superior, como un arco griego, mostrando en parte los dientes, pero no dos dientes sino toda la hilera que mostraba su blancura, aun en la noche.

Besó aquella boca, jugueteó con los dientes, los separó y los alientos se fundieron. Katia deshizo el lazo del cinturón negro del judogi de Savage y el cinturón cayó al suelo.

Savage deshizo el lazo del cinturón negro de Katia y también cayó al suelo. Ambas chaquetas se abrieron.

—Savage, te amo, te amo, te amo —repetía ella, jadeante.

Ambos se oprimieron con fuerza el uno contra el otro, y nadie más que la luna los contempló sobre el tatami.

CAPÍTULO IX

Dentro de la gran nave de la artesanía de metalurgia y electrónica, donde los jóvenes *budokas* se hacían verdaderos profesionales de tales trabajos que luego les ayudarían en la vida, cuando se reintegraran al mundo del que se hallaban totalmente desconectados, allí, en completa soledad y a la luz de un flexor, estaba la pequeña vietnamita profesora de *Karate*.

Sai-Ko tenía unos dedos finos y muy hábiles, unos dedos cargados de paciencia y laboriosidad. Utilizaba unas pinzas para ir colocando, en el lugar adecuado, unos finos hilos de cobre sin que se pegaran entre sí. Sai-Ko trabajaba frente a una lupa grande y estática que se hallaba fija entre sus ojos y sus manos; de este modo podía ver con mucho aumento y claridad lo que estaba haciendo.

Tan entretenida estaba en su trabajo que no se apercibió de que la puerta pequeña de la amplia nave se abría con sigilo. La puerta grande permanecía cerrada.

Buscando las sombras, una silueta se internó en la nave donde había muchos trabajos a medio hacer. Allí estaba el pequeño submarino que construían y que conseguiría descender a grandes profundidades para rescatar restos de buques hundidos o carga, satélites caídos del cielo o comprobar que se hallaban bien asegurados algunos de los restos radiactivos que algunas naciones, indiscriminadamente, lanzaban al fondo de los océanos sin importarles poco ni mucho si llegaban a contaminarlos mientras esa contaminación quedara lejos de sus propias costas.

El intruso sabía avanzar como un ninja, sin hacer ruido, sin mirar fijamente a su posible víctima para que ésta no sintiera la mirada clavada en su espalda y se desasosegara, obligándola a mirar hacia atrás.

Sai-Ko no había dicho a nadie que pensaba trabajar hasta altas horas de la madrugada para adelantar el trabajo encargado por

Walter Hans. La muchacha había comprendido la importancia de aquel detector de emisoras que le habían destruido a Savage para poder descubrir al traidor infiltrado en Liberty Garden.

La sombra furtiva rodeó el pequeño submarino que no sería mayor que dos automóviles americanos de tipo grande. Sai-Ko seguía trabajando. Consiguió terminar lo que quería y conectó el circuito de fluido eléctrico por pilas. La antena comenzó a moverse y la joven sonrió. Gracias a su habilidad en el manejo de complicados y pequeños aparatos electrónicos, el tiempo de reparación del detector de emisoras se había reducido.

A

Sai-Ko

se le enfrió la sonrisa de satisfacción al notar ya, de una forma irresistible, una mirada extraña sobre su cabeza, sobre su cráneo cubierto de cabello larguísimo y azabache.

—¡Kiaiiii!

Sai-Ko dio una patada contra una de las patas de la mesa de trabajo, haciendo caer el taburete cuando toda la fuerza del kiai se le venía encima, aquel kiai que casi taponó sus oídos.

Sai-Ko había escuchado muchas veces un kiai e, incluso, ella misma lo había lanzado en numerosísimas ocasiones y era consciente de toda la energía y el poder físico que podía proporcionar aquel grito en un momento de ataque, pues otra cosa eran las técnicas del *Kiai-Jutsu*.

Sai-Ko había conseguido evitar el golpe mortal que le acababan de lanzar con el puño cerrado y reforzado con nudillos metálicos que trató de partirle el occipucio.

El puñetazo de *Karate*, aumentado con los terribles guantes de lucha, rozó la oreja de la mujer que escapó al tremendo golpe que se estrelló contra un panel de herramientas, destrozándolo, haciendo saltar por el aire destornilladores y otros pequeños útiles para la electrónica. El puño había pasado por encima de la gran lupa, sin romperla.

Sai-Ko, al caer al suelo, rodó sobre su propio cuerpo ante una posible patada de su atacante que tras errar el primer golpe volvería a embestir.

Así lo hizo, tratando de cazar a

Sai-Ko

con una ashi-gatana de sus mocasines provistos de tacos de metal.

La muchacha, poseedora de una velocidad y una elasticidad prodigiosas, escapó a los dos primeros golpes, más su enemigo no estaba dispuesto a que escapara.

Sai-Ko se levantó y se preparó para rechazar el ataque, contraatacando.

Pudo ver que su enemigo vestía totalmente de negro. Llevaba guantes reforzados con cantos y nudillos metálicos y los zapatos también, pero los refuerzos metálicos estaban dispuestos de forma que no hacía ruido al caminar.

Bajo los pantalones llevaba protectores de piernas y rodillas y también usaba un chaleco para evitar los golpes a nivel chudan.

La cabeza desaparecía totalmente dentro de un casco-careta para la lucha del *full-contact*. Aquel casco quizá no era perfecto como si hubiera salido de una fábrica de este tipo de cascos para profesionales del *full-contact*; posiblemente, aquel casco había sido construido por el propio individuo que lo empleaba.

Sólo se le veían los ojos, la boca para respirar y unos orificios a ambos lados de la nariz para absorber el aire que necesitaban sus pulmones.

—¡Kiaiiii!

Esta vez, quien lanzó el kiai fue la pequeña Sai-Ko,

que voló materialmente moviendo sus manos, revolviéndose sobre sí misma. Aplicó un kakato-geri sobre el centro de la cara de su enemigo y el tacón golpeó contra la careta, alcanzándola de pleno.

El ninja asesino cayó de espaldas contra el banco.

La patada de *Karate* habría bastado para quitarse de encima a cualquier agresor, a cualquiera que no estuviera protegido con el casco de *full-contact*, un casco semejante al que podían utilizar los motoristas de carreras pero sin cristal delantero y con refuerzos que protegían toda la cara.

Aquel yelmo de combate evitó que Sai-Ko

le hundiera la nariz y posiblemente le partiera la mandíbula superior, pues, pese al escaso peso de la vietnamita, sus golpes resultaban de gran potencia, casi fulminantes, si iban acompañados de la energía de un kiai.

Al ver que el ninja asesino se reponía, la joven trató de correr hacia la puerta de salida, más por su colocación estaba más lejos que el asesino y este pudo cortarle el paso.

De un salto,

Sai-Ko

subió al submarino en construcción.

—¿Quién eres? —inquirió sin demostrarle miedo, haciéndole frente.

El traidor no respondió y volvió a atacar.

Era obvio que también era un habilísimo luchador y fue en pos de la mujer saltando sobre el submarino.

—¡Kiaiiii!

Sai-Ko había vuelto a la carga.

Su adversario, demostrando que sabía mucho de las luchas marciales orientales, esquivó y bloqueó el ataque doble de una tegatana, con la zurda, para abrir brecha, y un shuto-uchi con el canto de la diestra que intentó meter por debajo del yelmo para cogerle el cuello.

El asesino replicó con un seiken de su zurda.

El puño, puesto boca arriba, dio en el vientre de la mujer y ésta encajó el feroz golpe. Más allá no terminaba todo...

El traidor que se parapetaba tras los protectores del *full-contact* para evitar ser dañado en pelea limpia, consiguiendo así una gran ventaja sobre sus víctimas, alzó la diestra con el canto reforzado metálicamente, casi formando una gruesa cuchilla, y asestó un shuto-uchi sobre la cabeza femenina.

El golpe dio en el nacimiento del cabello y donde terminaba la frente. El cráneo de la joven estalló trágicamente, se abrió como un coco rebotando bajo un hachazo. No sintió nada más.

Con los ojos más separados de lo normal, con toda la cara ensangrentada,

Sai-Ko

cayó hacia atrás. El submarino en construcción no tenía escotilla y resbaló por el agujero.

El asesino respiró hondo.

Por unos instantes temió que

Sai-Ko

pudiera escapársele. De no haber llevado el yelmo del *full-contact*,

la mujer lo hubiera dejado fuera de combate, pero él había tenido de su parte la sorpresa y los protectores, especialmente el casco, muy superior al utilizado para la práctica del Kendo con el shinai^[4].

Va más seguro de sí tras eliminar a Sai-Ko en el desigual combate, se fijó en el detector de emisoras que estaba sobre el banco de trabajo. Funcionaba aún, ya que Sai-Ko había conseguido repararlo.

El ninja a las órdenes de la Secta del Dragón Bicéfalo se acercó a él y lo miró con odio. Levantó su mano y la bajó con rapidez. El canto, armado con aquella especie de cuchilla metálica, destrozó totalmente el aparato recompuesto, partiéndolo por la mitad.

No satisfecho aún, le asestó varios golpes más hasta casi pulverizarlo. Luego, se dirigió hacia un rincón donde había un bidón con white spirit para limpiar piezas y lo volcó, derramando el disolvente querosénico. Mojó un trapo, le prendió fuego con un encendedor de trabajo y arrojó el trapo sobre el líquido vertido.

Se inflamó, y las llamas corrieron rápidamente por el interior de la nave.

El asesino sonrió malignamente bajo el yelmo protector y corrió hacia la puerta. Abandonó la nave y cerró para que cuando se descubriera el fuego ya fuera demasiado tarde y la nave quedara destruida.

Las llamas se elevaron rápidas y voraces hacia la techumbre y los cristales de las ventanas comenzaron a estallar.

En aquel instante se puso en marcha una sirena de alarma anti fuego y toda la comunidad de Liberty Garden despertó, saltando de sus lechos para correr hacia el lugar del fuego.

Katia y Moses P. Savage se hallaban en aquellos momentos tendidos en la playa con los cuerpos húmedos después de haber nadado unas brazadas. Al oír la sirena se incorporaron bruscamente y miraron hacia la nave de metalurgia y electrónica.

—¡Fuego! —exclamó Katia.

—¡Maldición, esto tiene que ser un sabotaje!

Savage se puso rápidamente el judogi para ir a colaborar en la extinción del incendio, desconociendo, aún, el trágico final de la maestra de *Karate-Do*.

CAPÍTULO X

Aquel nuevo día amaneció con gran dolor en el espíritu de la comunidad de Liberty Garden. El pequeño submarino en construcción había resistido, en parte, al incendio y el cadáver de Sai-Ko fue extraído de su interior tal como cayera, con el cráneo partido casi en dos mitades.

—Hay que encontrar al ninja para que deje de matar —sentenció *Sensei*, con su voz profunda.

—Lo encontraremos —advirtió Savage, hablando entre dientes.

El mismo túmulo utilizado para el cadáver de Owen Yufu fue preparado en el Templo de las Meditaciones, para Sai-Ko.

El pequeño cadáver de la valiente vietnamita fue cubierto con un lienzo blanco y recibió el adiós de todos los vientos que penetraban en aquel templo carente de muros. Sólo columnas sostenían la gran cúpula; así la Naturaleza no quedaba excluida del templo, ya que un *budoka* se consideraba parte misma de la Naturaleza y como había dicho el jefe indio Seattle del estado de Washington, cargado con la sabiduría de la vida y el legado de sus antepasados, la tierra no pertenecía al hombre, sino el hombre a la tierra.

Con ayuda de *Sensei*, Savage había hecho levantar aquel templo abierto a todo y a todos, en el que no podía faltar la tierra, la piedra, el agua, el viento y la vegetación. Y si algún animal entraba como lo hacían las pequeñas carpas por los canales de agua que semejabán laberintos entre las piedras, nadie habría de rechazarlo.

—Es una pena, una verdadera lástima lo que ha ocurrido —se lamentó, pesaroso, Walter Hans, mirando la nave en la que él había pasado tantas horas trabajando y los discípulos *budokas* aprendían de él a dominar el hierro y el acero, a controlar el vasto mundo de

la electrónica.

—No te preocupes por la nave, será reconstruida.

—No lo decía por la nave, Savage, sino por

Sai-Ko.

¿Por qué la mataron?

—No lo sé, sería porque estaba ahí, en el taller.

—Le pedí que se encargara del detector de emisoras.

—¿Llegó a componerlo?

—Posiblemente sí, pero ya no queda nada de él.

—Después del entierro daremos una batida entre todos.

—¿Una batida?

—¿Cómo?

—Tengo una idea del lugar donde puede estar escondido el pequeño emisor. Todos juntos nos repartiremos en línea y avanzaremos hacia el mar, hasta descubrir la emisora.

—¿No temes que el traidor ya la haya silenciado?

—No, no lo creo.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque su única salvación es esperar a que lleguen los suyos y desde el mar comiencen a ametrallarnos. Les dejé la lancha averiada, pero ya estará medio compuesta. Más tarde o más temprano, saldrán adelante y es posible que vengan hacia aquí. No me extrañaría que utilizaran morteros y otras armas, para aniquilar Liberty Garden.

—¿Cómo si fuera una batalla?

—Sí. Esa lancha puede llevar a bordo el armamento suficiente para iniciar una batalla desde el mar y no dejar en pie ninguna instalación de Liberty Garden. También podría ser que se acercaran de noche, aguardaran a que la dirección del viento les fuera favorable y lo que está prohibido en las guerras actuales ellos lo aplicarán a nuestra comunidad, asesinándonos a todos mientras dormimos.

—¿La guerra de gases?

—Sí, de esos asesinos se puede esperar todo. Si nos sueltan una nube de gas venenoso teniendo el viento a favor, les bastaría con esperar unas horas. Desembarcarían luego, y sólo encontrarían cadáveres. Así mataron a millares de soldados en la Primera Guerra Mundial, imagínate lo que se puede hacer ahora, con el avance que

ha habido en el terreno de los gases.

—Es verdad. Nos pueden asesinar mientras dormimos, si consiguen llegar a nuestra playa; nadie podría impedirlo.

—Absolutamente nadie, Walter.

Savage se separó de él, dirigiéndose al Templo de las Meditaciones junto con el resto de la comunidad.

El joven Choppy, extraído de las calles de Nueva York, se acercó a Savage. Él no sabía orar, jamás había sentido inclinación por religión alguna y ni siquiera había adquirido conciencia de lo que significaba ser ateo o agnóstico.

Choppy estaba aprendiendo la meditación según las técnicas del Yoga y como lego que era, le estaba costando, por ello no se hallaba en la misma meditación que el resto de la comunidad y se acercó a Savage para comentar:

—Creí que aquí no había traidores.

—Traidores los hay en todas partes, desgraciadamente; sólo hay que apartarlos de las comunidades en cuanto son descubiertos.

—¿Y no podéis dar con él? Somos pocos, esto no es, ni con mucho, Nueva York.

—Es cierto, apenas somos medio centenar y puede que resulte difícil descubrir a un traidor asesino, pero no te quepa duda de que lo encontraremos, lo que no puede ser es vivir en completa desconfianza los unos con los otros.

—¿Qué pasará con él, cuando se le atrape?

—No lo sé aún, Choppy, no lo sé —respondió Savage, con un suspiro de desaliento.

—¿Por qué no formamos un equipo como de policía para investigar?

—No, Choppy, no, ya tomamos juramento a toda la comunidad. Sólo uno ha mentido y no se puede ir interrogando a todos sobre lo que hicieron o dejaron de hacer.

—¿Por qué?

—No se puede minar la confianza de los discípulos *budokas*; aquí nos hemos de tener todos completa confianza. Al traidor lo descubriremos sin molestar a ningún inocente.

—Y mientras, él seguirá matando.

—Ya no volverá a asesinar más.

—¿Estás seguro?

—Quiero estarlo, Choppy. Sólo habrá muerte, si alguien no respeta las indicaciones que se han dado. Ahora, si lo deseas, puedes venir conmigo.

—¿Adónde?

—Hay que cavar una fosa para
Sai-Ko.

—¿La vas a cavar tú? —preguntó Choppy, algo perplejo.

—Sí, y si tú me ayudas, lo haremos juntos, pero si no quieres lo haré solo.

—No, no, iré contigo.

Savage echó a andar y Choppy lo hizo a su lado. Se dirigieron al barracón de jardinería donde tomaron dos palas y volvieron a salir.

Savage anduvo hacia el riachuelo que moría en el mar. Las aguas bajaban siempre limpias, sin contaminar. Savage subió a un promontorio recubierto de hierba y clavó la pala en el suelo.

—Aquí yacerá

Sai-Ko.

Choppy miró a su alrededor. Detrás estaba el bosque y algo lejos, a su izquierda, las aguas del riachuelo se abrían paso en la tierra con un fondo arenoso.

Antes de llegar a las aguas oceánicas, el riachuelo multiplicaba su anchura por veinte, quizá más, aunque su profundidad era escasa.

—¿Por qué aquí y no todos juntos?

—A

Sai-Ko

le agradaba venir a este lugar y aguardaba a que saliera el sol. Parece que a los occidentales les gusta más ver la puesta del sol. Sai-Ko, una oriental, prefería el sol naciente. Creo que éste es el mejor sitio para que su cuerpo repose eternamente. Si le hubiéramos preguntado a ella, seguro que habría pedido que la enterráramos aquí.

—¿Y no importa dejar muertos por todas partes? —preguntó Choppy, algo preocupado.

—¿Por qué ha de importar? Así los tendremos más presentes, no los podremos olvidar como hacen tantos y tantos con sus seres queridos al encerrarlos en grandes cementerios muy alejados de sus viviendas. Es cierto que aquí hay espacio sobrado para los que

somos en Liberty Garden. Ya estarán esculpiendo la piedra en la que grabarán su nombre y que servirá para que quien quiera pueda sentarse aquí junto a la tumba, para hacer un poco de compañía a los restos de la pequeña Sai-Ko.

Savage no estaba muy seguro de que Choppy comprendiera todo lo que le estaba explicando.

Las cosas había que entenderlas poco a poco; no era fácil traducir en simples palabras todo el espíritu que reinaba en Liberty Garden y el profundo dolor ante aquella nueva muerte.

Los más hábiles en la carpintería hicieron un sencillo ataúd y el cuerpo de la gentil vietnamita fue encerrado dentro de él.

—Y a ti, ¿dónde querrás que te entierren cuando mueras, Savage? —preguntó Choppy viendo venir la comitiva del entierro, al frente del cual avanzaba *Sensei* visiblemente emocionado.

—¿A mí? —preguntó Savage, como cogido por sorpresa.

—Tendrás un lugar preferido, ¿no?

—Sí, el océano.

—¿Por qué el océano?

—Yo nací en el océano, sobre un bote neumático y mi madre desapareció en las aguas. Las aguas de los océanos bañan todos los continentes y sería un poco como estar en todas partes. Soy un ciudadano del mundo y me siento hermano de todos los hombres.

El entierro fue emotivo y sencillo. Se fueron turnando para echar tierra en el interior de la fosa y fue una forma de dar el último adiós a la maestra y compañera.

Luego colocaron la piedra grande que ya nadie osaría tocar. Unos y otros, cuando lo desearan, irían a sentarse sobre ella a la amanecida, para ver la salida del sol. Sai-Ko les haría compañía.

—Oídmelos: vamos a avanzar hacia las rocas en línea recta, uno junto a otro, separados tres o cuatro pasos. Expurgaremos toda la zona hasta las rocas que afloran en las aguas. Hay que encontrar una pequeña emisora-espía que ha colocado el asesino de Owen Yufu y de Sai-Ko.

Hay que hallarla para que el traidor no consiga que sus compañeros de crimen lleguen hasta aquí guiados por la emisora. ¡Adelante!

Descendieron por la pequeña colina junto al río y se fueron

abriendo en línea. Savage tenía una idea, más o menos, de dónde podía estar la emisora y comenzó la búsqueda.

Los *budokas* avanzaron entre y por encima de las rocas, en dirección al mar. Encontrar la emisora espía era dar un primer castigo al asesino.

Arena, piedras, no se dejaba nada por escrutar... Pasaron los minutos, las horas, ya que no se avanzaba hacia delante sin mirar con detenimiento en todas direcciones.

—¡Aquí, aquí, la he encontrado! —gritó una voz.

Todos miraron hacia el que acababa de gritar, casi con júbilo, era Choppy.

Savage fue uno de los primeros en acercársele.

—¡No la toques!

—No la he tocado —respondió el muchacho.

Todos miraron el pequeño artillero metálico, por fuera. Savage buscó con la mirada a Walter Hans y éste se le acercó, inquisitivo.

—A ver...

El ingeniero se inclinó para observar la emisora espía. Savage le pidió:

—No la toques aún.

—¿Por qué?

—Seguramente tendrá huellas dactilares. Ahora, el asesino ya no podrá escapar.

—Es una buena idea. Se podrán sacar las huellas, las compararemos con las nuestras y saldrá alguna igual, seguro.

Todos debieron ponerse contentos, todos excepto el asesino que, en aquellos momentos, se sentiría acosado.

—¿Con ese aparato daremos con el asesino? —preguntó Choppy, escéptico.

—Sí —asintió Walter Hans, añadiendo—: Es un emisor pequeño y focal como había supuesto.

—Lo primero que haremos es desconectarlo —dijo Savage.

—¿Lo rompemos?

A la pregunta de Walter Hans, Savage respondió:

—No, eso no, sólo desconectarlo. —Lo tomó con mucho cuidado para no borrar posibles huellas y preguntó al ingeniero—: ¿Cómo lo desconectamos?

—Vayamos al taller.

—Está quemado —recordó Choppy.

—Aunque esté quemado, algún destornillador pequeño quedará. Será suficiente introducirlo con cuidado para desconectar este chisme, y que deje de emitir.

—Podéis retiraros para hacer lo que deseéis —dijo Savage—. Mañana comenzaremos la reconstrucción de la nave taller.

El grupo se fue dispersando.

Walter y Savage se alejaron juntos hacia la nave taller y, ya en ella, sin tocar para nada el pequeño emisor, Walter Hans metió un destornillador y lo detuvo.

Ya no volvería a emitir las letras L. G de forma continua y repetitiva, delatando la posición de Liberty Garden.

CAPÍTULO XI

Moses Pacific Savage se había recluso en su habitación.

Sobre una mesita, tenía el pequeño emisor ya silenciado. Era un aparato bien protegido exteriormente y con un cono que dirigía la onda en abanico abierto a noventa grados, partiendo el vértice del propio emisor. De esta forma, en Liberty Garden no podían captar la onda que emitía.

Había molido finamente unos polvos de grafito en un mortero de ágata. En Liberty Garden no disponían de todo el sistema de detección de huellas dactilares.

—¿Hemos de darte nuestras huellas?

Savage miró a Katia que estaba junto a él y le sonrió suavemente. La *budoka* rusa estaba muy hermosa; quizá su belleza superaba a la de días anteriores. Sus mejillas se veían más sonrosadas, como más llenas de vida.

—Mañana ya hablaremos de las huellas.

—¿Pedirá las huellas a todos?

—En realidad ya las tenemos de todos los *budokas* que pasan por Liberty Garden para poder proporcionarles, en su momento, toda la documentación necesaria cuando se reintegran a la nación que cada cual elige para vivir, que suele ser la de nacimiento. —Suspiró—. Ya no hay prisa, el traidor sabe que está perdido.

—¿Qué supones que hará?

—Tiene esta noche para huir.

—¿Le dejas marchar?

—Mejor sería que lo hiciera.

—¿Sin recibir castigo?

—La huida será su mayor castigo; se sabrá marcado para siempre.

—¿Y si no aprovecha la noche para huir?

—Entonces, cuando sea identificado, será la comunidad en

forma de juicio democrático, la que decida.

—¿Tendrá defensor?

—Sí, si él lo desea.

—¿Y quién será el acusador?

—Yo mismo.

—¿Y el juez, *Sensei*?

—Sí, pero la verdad, no creo que llegue a celebrarse ese juicio.

—¿Por qué?

—Si no huye, morirá matando. Será como una fiera salvaje que no se rinde.

—Y si prefiere huir, ¿cómo puede hacerlo?

—En la playa está el lanchón-piragua hinchable con el que yo llegué, allí hay agua y comida. Sólo tiene que empujarlo al mar y escapar en él.

—Pero ¿por qué darle tantas facilidades?

—Siempre que haya oportunidad es mejor perdonar, Katia. Tampoco vayas a creer que huir con esa embarcación es ninguna ganga. El océano es inmenso y no hay demasiadas posibilidades de salvarse si no se sabe, exactamente, hacia dónde dirigirse y quienquiera que sea ese asesino, no sabrá dónde está, aquí no hay ningún sextante.

—¿De verdad nadie, aquí, sabe dónde estamos?

—Nadie excepto yo.

—¿Tan seguro estás?

—¿Crees que el traidor hubiera puesto este aparato como reclamo si supiera dónde se ubica Liberty Garden?

—Tú lo prevés todo, ¿verdad?

—Todo no —volvió a suspirar Savage—, todo no. Yo no podía prever que asesinarían a dos entrañables amigos como Owen Yufu y Sai-Ko.

Las mentes perversas siempre consiguen sorprendernos con sus acciones criminales. Luego hay que descubrirlas, pero el daño ya está hecho. ¿Quién puede devolver la vida a los dos muertos? ¿Acaso la propia muerte del asesino serviría para regresarlos a la vida?

—Es cierto, pero si sigue vivo, continuará matando.

—Para impedir que alguien siga matando no hay que eliminarle. Soy contrario a la pena de muerte, Katia, no solucionará nada. Otra

cosa es si muere en una lucha, entonces no actúa la sangre fría.

—Pero, dejarle en el mar no deja de ser una especie de sentencia de muerte.

—Es dejarlo a merced del destino y la propia habilidad de supervivencia del castigado. Te darás cuenta de que eso no es una pena de muerte Todo ser humano, por adversas que le sean las circunstancias, el entorno, la Naturaleza, tiene la obligación de supervivir, cueste lo que cueste.

—Tú eres la expresión misma de la supervivencia, ¿verdad?

—Yo trato de sobrevivir en todas las situaciones, Katia.

—¿Y qué opinas de los suicidas?

—Que están faltos de amor. Si en el momento en que van a ejecutar su auto-homicidio tuvieran cerca a alguien que les hablara, les tendiera la mano, no lo harían, y no puedo acusar a nadie porque esté falto de amor. A la mayoría de la gente, en todo el mundo, no nos han enseñado a amar de verdad, como sí se enseña en Liberty Garden.

—¿Pese al garbanzo negro?

—Pese al garbanzo negro. En el mundo se enseña al hombre a meterse en una carrera por consumir, por adquirir ventajas, por sobresalir sobre los demás, por vencer y provocar envidias.

—¿Ya eso se le llama sobrevivir?

—No, eso es correr hacia la soledad. Sobrevivir, cuando todo está en contra, es distinto. Es seguir viviendo, no tratar de enriquecerse. Es salir vivo de un desierto hostil, de un océano, del interior de la tierra, de la falta de alimentos o de agua, vencer a la enfermedad.

—Tu espíritu es realmente el alma de Liberty Garden, Savage. Aprendemos Budo, toda clase de disciplinas de las Artes Marciales Orientales, pero es más, muchísimo más lo que tú pretendes de nosotros.

—En todo el día no te he visto, Katia.

—He estado en el entierro, sólo que tú tenías otras preocupaciones más importantes que buscarme con la mirada.

—Sí, pero...

—Verás, no te lo había querido decir.

—¿El qué?

—Anoche, cuando corriste hacia el fuego, yo tardé un poco en ir

tras de ti. —Savage la observó, intrigado, Katia hizo una pausa y prosiguió—: Tuve la impresión de ver una silueta que escapaba.

—¿Una silueta?

—Era algo negro, muy negro, pero era un hombre, bueno, me refiero a una figura humana.

—¿Podía ser un ninja?

—Sí, si un ninja es alguien que viste de negro y se disuelve en las sombras de la noche para espiar o realizar sus fechorías.

—¿Viste adónde iba?

—Fue hacia el bosque. Lo seguí desde lejos, pero luego le perdí de vista.

—¿Quieres decir que hoy has estado buscando en el bosque?

—Sí.

—¿Le buscabas a él?

—No, a él, no; hubiera sido absurdo. He buscado sus ropas, en algún lugar debía esconderlas.

—Buena idea. ¿Las has encontrado?

—No, pero estoy segura de que están ahí, en el bosque.

—Y si se quitó las ropas, ¿cómo salió luego?

—No lo sé, no llegué a verle claro. Me retiré, quise ver el fuego, y también ayudar. Quizá, si me hubiera quedado, le habría visto salir del bosque con ropas que no le señalaran como el ninja que todos buscamos.

—Mañana rastrearemos el bosque si lo de las huellas no sale bien del todo. Ahora, te irás a tu habitación a dormir como una buena niña. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Savage, pero te amo, te amo. No quiero que puedas olvidarlo jamás.

Le dio un beso fuerte y rápido en los labios y salió del dormitorio como para evitar que su deseo pudiera hacerse demasiado evidente. En realidad, aquello fue como una despedida.

Savage vio cómo la puerta se cerraba. Apretó los párpados con fuerza y retuvo la imagen de la muchacha por unos momentos en sus retinas. Después clavó sus ojos en el aparato.

Katia se encerró en su habitación. De una bolsa sacó un judogi negro y se vistió con él. Ocultó su hermoso cabello rubio dentro de un pañuelo también negro y se tiznó la cara con una pasta que se había preparado. Al poco, toda ella estaba oscura.

Cerró la luz de su cuarto y, sigilosamente, salió por la ventana. Buscando las sombras se alejó del pabellón de dormitorios y pasó junto a la tumba de Owen Yufu, muy cerca del Templo de las Meditaciones, dirigiéndose al bosque.

Tras el tronco de un árbol, junto a unos arbustos, aguardó. Liberty Garden, pese al dolor de los últimos acontecimientos, se disponía a descansar. *Sensei* y Savage lo habían pedido así para que nadie saliera al exterior y no se le pudiera confundir con el ninja que, ahora, se hallaría muy preocupado. Su emisora-espía había sido descubierta, al fin, y sus compañeros de la Secta del Dragón Bicéfalo no podrían localizarle.

Sensei se había dado cuenta de que Savage había preparado una trampa convirtiéndose él mismo en cebo. Dejaba dos posibilidades al asesino: tomar la lancha inflable y marchar hacia el océano o atacar al mismísimo Savage para impedir que éste le descubriera. Si se apoderaba de la pequeña emisora, podría borrar las huellas y ya nadie podría identificarle.

Continuaría emboscado en Liberty Garden hasta tener una ocasión más propicia para comunicarse con los miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo que andaban buscándoles por todo el planeta.

La oportunidad no dejaba de ser un claro desafío. Savage aguardaba en su habitación a que el asesino se presentara.

Katia dejó pasar el tiempo, procurando relajar una tensión que no podía evitar.

Tuvo la impresión de que una sombra pasaba junto al Templo de las Meditaciones. Quizá había sido efecto de un simple parpadeo o de un arbusto que se movía.

Pasaron de nuevo los minutos hasta que su oído atento escuchó unos ruidos. Eran pies hollando hojas caídas.

La joven se puso tensa, pero no se movió. Cerca, muy cerca, mientras ella contenía la respiración, vio pasar al ninja, más negro que ella misma.

Llevaba el yelmo protector que podía utilizarse en *full-contact*, una disciplina profesional que no se practicaba en Liberty Garden. Sus manos estaban enfundadas en guantes provistos de nudillos metálicos y cantos como cuchillas e iba calzado con mocasines reforzados con metal en determinados puntos para poder matar.

Katia sintió que algo se helaba dentro de sí. Nunca, antes, había tenido miedo, más en aquellos momentos, al ver a aquel ser tan preparado para matar, se estremeció de terror. No obstante, ella misma estaba entrenada como *budoka* y se rehízo.

Cuando le vio algo más lejos, abandonó su escondite y comenzó a seguirle. No quería perderle de vista y aquel ser que se disolvía en la noche se alejaba con felina rapidez.

Katia se adelantó, pero hizo ruido con un arbusto y, de inmediato, él se volvió, alertado.

Katia ya estaba arrodillada y con la cabeza inclinada hacia el pecho, de tal forma que el ninja no pudo descubrirla. Éste aguardó unos instantes y quizá llegó a pensar que había sido una falsa alarma. Reanudó su marcha y la muchacha volvió a seguirle, ahora con más precauciones.

El traidor, tras dar un rodeo evitando todos los puntos de luz, se dirigió a la puerta que daba a la habitación de Savage.

Katia comprendió lo que el ninja pretendía y también se dio cuenta de las pocas posibilidades que Savage tenía de salir vivo si se enfrentaba a aquel ser tan armado y recubierto de defensas.

El ninja se pegó a la puerta. Katia tuvo miedo, ahora, por el hombre que amaba y corriendo hacia el traidor, gritó:

—¡Savage!

El asesino se revolvió de inmediato, descubriendo a Katia. Debió lanzar alguna imprecación y trató de huir, más Katia corrió hacia él cortándole el paso.

—¡Tú te lo has buscado! —exclamó el ninja cuando ya Savage abría la puerta.

—¡Kiaiii!

La muchacha rusa lanzó su kiai y voló por el aire, con los pies por delante.

Aplicó un taconazo en mitad de la cara del traidor, más éste, tras tambalearse, también lanzó su kiai de combate.

—¡Kiaiii!

Descargó un demoledor shuto-uchi y la mano cuchillo cayó sobre las costillas de la mujer que se desplomó, sin poder levantarse de nuevo.

—¡Quienquiera que seas, ya nos hemos encontrado! —rugió Moses Savage, enfrentándosele.

—De acuerdo —masculló el traidor—. De todos modos, iba por ti... ¡Kiaiii!

Lanzó varios golpes utilizando sus manos armadas.

Savage, girando en círculos, saltando y agachándose, consiguió esquivarlos. A su vez, fue aplicando una serie de golpes sin excesiva fuerza pero que servían para estudiar el cuerpo de su adversario, buscando sus puntos débiles.

Savage sintió la cuchilla del shuto-uchi rozándole el hombro. De acertarle, le habría destruido todo el hombro, inutilizándole el brazo. Notó, también, un terrible golpe en la pierna que estuvo a punto de partírsela y cayó al suelo.

El ninja trató de aplastarle la cabeza con un kakato-geri.

—¡Kiaiii!

El taconazo se clavó en la tierra, ya que Savage había girado sobre sí mismo. Todavía en el suelo, le lanzó dos ashigatanas seguidas, por entre las piernas, alcanzándole el bajo vientre por debajo del protector. Su enemigo rugió de dolor.

Savage le vio doblar las rodillas y caer al suelo, aunque no del todo.

Entonces se lanzó sobre él y metió el antebrazo derecho por debajo del yelmo protector. Le cogió el brazo izquierdo con la mano derecha, pasó su antebrazo zurdo por detrás de la nuca del ninja y dio un fuerte empujón con el antebrazo derecho al mentón.

Mientras era presa de aquella desnucación y estrangulamiento, pese al casco de protección, el ninja aplicó un shuto-uchi a la cabeza de Savage, más no pudo imprimir la necesaria fuerza al golpe y sólo le causó una herida cuando...

¡Chass!

Savage notó que el cuerpo del asesino dejaba de moverse, ya no luchaba... Acababa de morir con la cerviz partida, pese a todos sus protectores.

Savage le quitó el almohadillado yelmo protector y le identificó a la luz de la luna.

—Kato Juji, el profesor de Judo... —balbució, atónito, a la vista de aquel rostro que nadie recordaba haber visto sonreír.

Sintió un hondo dolor en el pecho, al reconocerle. Había confiado totalmente en él y Kato Juji se había llevado al otro mundo la razón por la cual les había traicionado.

Posiblemente había aprovechado la llegada de un joven como Choppy para que todos los celos se volcaran sobre el recién llegado y no en un profesor en el que todos confiaban.

—Algún día descubriré por qué nos traicionaste, Kato Juji, algún día lo descubriré...

Savage se volcó sobre Katia que todavía respiraba.

La tomó con cuidado entre sus brazos y la llevó a la habitación de *Sensei* que no se hallaba en su lecho sino meditando.

—¡*Sensei*! ¡*Sensei*!, todo ha terminado!

El anciano se levantó, miró a la muchacha y preguntó:

—¿Ella?

—No, Katia ha querido salvarme, pero Kato Juji, el traidor, la ha matado. Mírela, ya ha dejado de respirar.

—¡Tiéndela sobre el lecho, vamos, rápido!

Savage depositó sobre la cama el cuerpo femenino que estaba exánime y había dejado de respirar. Tenía tres costillas rotas, y su corazón ya no latía.

Sensei empleó la técnica del konat-sou, una técnica milenaria que sólo seres excepcionales llegaban a dominar. Aquella técnica casi leyenda, era capaz de revivir a los muertos, aunque no siempre se conseguían los resultados apetecidos.

Savage dejó hacer a *Sensei*. Al poco, pese a las costillas rotas, Katia retomó a la vida, comenzó a respirar débilmente... Savage suspiró, aliviado. Katia se había salvado.

EPÍLOGO

El cuerpo de Kato Juji fue sepultado al pie de un enebro, un lugar donde a él le agradaba estar. En su entierro hubo dolor y también perdón.

Moses P. Savage dejó a Katia en la cama, convenientemente vendada para que se curaran sus costillas rotas, y acompañado por los miembros de la comunidad, abrazando a *Sensei*, se adentró en el océano en su lanchón hinchable, llevándose, consigo, la pequeña emisora espía.

Enarboló la vela y ayudado por la fuerza del viento, se alejó de la tierra, no tardando en perderle de vista.

Llevaba agua, alimentos y otro paquete bien cerrado. Sólo en el océano, navegó reflexionando sobre todo lo ocurrido.

El problema de Liberty Garden se había solucionado, aunque no se había podido evitar la sangre y el dolor. Navegó durante varios días y en uno de ellos tuvo que enfrentarse a una tormenta que estuvo a punto de arrancarle de su embarcación. Se sujetó bien y por encima de olas montañosas, siguió navegando.

Sobrevino la calma y volvió a desplegar la vela. Siguió su rumbo hasta que una mañana divisó un yate que ya conocía, y que debía andar rastreando la zona. Savage comprendió que había sido descubierto, a su vez, y que a bordo de aquella nave iban los miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo; ignoraba si habían conseguido ya reparar las máquinas del yate.

Puso en marcha el pequeño motor fuera borda de su piragua y trató de alejarse, más como había sido descubierto, comenzó la persecución.

Savage sabía que, pese al motor de su lancha hinchable, terminarían por alcanzarle, pero no había acudido a aquel punto del océano por casualidad. De cuando en cuando, oteaba el cielo hasta que oyó el runruneo de un avión con motor de hélice.

Lo buscó con la mirada, ansioso, y lo vio en el cielo. Sí, tenían que ser Jack Lafontaine y Larry Moose.

Se puso un cinturón y en un bolsillo metió la pequeña emisora. De pronto, abrió el paquete y de él brotó automáticamente un globo de color naranja, muy grande y vistoso, al que iba prendida una resistente cuerda de nylon. Al extremo de la cuerda estaba sujeto el cinturón de Savage.

El globo subió, subió y la cuerda se tensó.

Los hombres del yate comprendieron lo que iba a ocurrir y comenzaron a disparar contra Savage. Un par de balas agujerearon el lanchón neumático que comenzó a perder aire.

El avión bimotor «Douglas», que acababa de descubrir el globo, se dirigió hacia él abriendo la pinza que llevaban en la proa.

—¡Eh, Larry, nuestro amigo está en apuros!

—Sí, parece que esos de abajo quieren agujerearlo —gruñó Larry Moose.

—¡Hay que acertar a la primera o lo van a freír a balazos!

El avión enfiló hacia la cuerda y la atrapó con su pinza que se cerró, llevándose consigo el globo y a Savage, que notó un fuerte tirón en la cintura.

De inmediato, se sintió elevado en el aire mientras los plomos silbaban a su alrededor como furiosas avispas.

Abajo, el lanchón inflable se hundió lentamente con todo su contenido.

Los hombres de la secta, furiosos, seguían enviándole balas pese a que Moses P. Savage estaba ya fuera de su alcance.

La pinza que sujetaba la cuerda comenzó a girar y Savage fue subiendo y subiendo, acercándose al aparato que le había salvado, arrancándole del peligro en mitad del océano, llevandoselo por los aires mientras el fuerte viento le azotaba.

Cuando pasara cerca del Polo Norte o del Polo Sur, dejaría la emisora-espía emitiendo LG, LG, LG. De este modo, quedarían totalmente desorientados aquellos sicarios que odiaban y trataban de vengarse de Savage.

Larry Moose lanzó un gancho a la cuerda y la sujetó, situándose junto a la puerta abierta del avión.

—Eh, Savage, hemos llegado a tiempo, ¿eh? —se rió Larry, satisfecho, mientras el avión proseguía su ruta, runruneante.

Abajo, en el océano, habían ya perdido de vista al yate de la Secta del Dragón Bicéfalo.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] En japonés, maestro. < <

[2] Bastón de madera durísima, de unos quince centímetros de largo. Se sujeta al puño para golpear siguiendo las técnicas del karate. Sus extremos sobresalen del puño formando diversas figuras. (Nota del autor). < <

[3] Contacto entero, nuevo karate profesional americano. < <

[4] Para la práctica del kendo o técnica del sable, se utiliza un shinai para los entrenamientos. El shinai es una imitación de la katana formada por cuatro tiras de bambú unidas y sólo pesa un kilo. (N. del A.). < <